

JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ*

LOS FRANCISCANOS DE CHILLÁN Y LA INDEPENDENCIA: AVATARES DE UNA COMUNIDAD MONARQUISTA**

A partir de 1808, los cambios vertiginosos que ocurren en España y, luego, en Chile, traerán profundos quiebres ideológicos y definición de lealtades, en medio de una espiral de violencia verbal y física que enfrentará a monarquistas y patriotas. La Iglesia y la religión estarán íntimamente comprometidas en estos “avatares”¹, con sectores que apoyarán a uno u otro bando, y en un contexto donde el rey y la patria asumen connotaciones sagradas o infernales, dependiendo del grupo eclesiástico que los evoque.

Los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide de Chillán mantuvieron una férrea posición monarquista, manifestada en las variadas acciones, discursos y actitudes que son analizados en este artículo. Los triunfos patriotas de Chacabuco y Maipú no amilanaron este sentimiento y, si bien una parte de los misioneros huyó a Lima, otros pasaron al sur del río Biobío, manteniéndose en la clandestinidad o apoyando abiertamente a las guerrillas realistas. La consolidación de la República, no obstante, fue inevitable, y los franciscanos *godos* de Chillán tuvieron que sufrir el dramático “avatar” de acomodarse a la nueva realidad política y eclesiástica del país.

Palabras clave: Franciscanos, Independencia de Chile, Chillán, monarquismo.

As of 1808, the dizzying changes that take place in Spain and, then, in Chile, will bring deep ideological ruptures and definition of loyalties, in the middle of a spiral of verbal and physical violence that will pit monarchists against patriots. The Church and religion are intimately committed to these “vicissitudes”, with factions that will support one group or the other, and in a context where king and country are tainted with sacred or devilish connotations, depending on the ecclesiastic group that invokes them.

The Franciscan friars of “El Colegio de Propaganda Fide” in Chillán keep a steely monarchic position, sustained by the various actions, speeches and attitudes that are analysed in this article. The patriots’ victories of Chacabuco and Maipú do not intimidate this feeling and, even though part of the missionaries flees to Lima, others

* Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: jvalenzm@uc.cl

** Este artículo forma parte del proyecto de investigación “Religión y República en Chile (1810-1850). Los mecanismos de sacralización de la vida política en la República temprana”, financiado por FONDECYT (Nº 1030867), y recoge, en forma ampliada, la ponencia presentada en el simposio *450 años de presencia franciscana en Chile*, Santiago, Academia Chilena de la Historia, octubre de 2003. Agradecemos la generosa y metódica colaboración de Juan Luis Ossa Santa Cruz.

¹ Utilizamos el concepto “avatar” apelando analógicamente al significado que le asigna la cosmología hindú. En esta, Vishnu, una de sus principales divinidades, es responsable del orden del

move south the Biobío river, going into hiding or overtly supporting the royalist guerrillas. The consolidation of the Republic, nevertheless, is inevitable, and the franciscan “godos” (royalists) of Chillán have to suffer the dramatic “vicissitude” of adapting to the new political and ecclesiastic reality of the country.

Key words: Franciscans, Chilean independence, Chillán, monarchism.

UN ENCLAVE DEL REGALISMO

Hacia fines del siglo XVI, el espíritu de la contrarreforma católica ya se hallaba suficientemente asentado y desplegado a través de la estructura eclesiástica europea. También los “nuevos mundos” y los territorios de misiones conocerían por esos años la incorporación de los planteamientos tridentinos en su funcionamiento pastoral. Un ejemplo de este renovado impulso fue la decisión tomada por el papado en 1597, en orden a crear un organismo orientado específicamente a difundir —“propagar”— la renovación de las creencias y de la propia Iglesia. La *Congregatio de Propaganda Fide* llegará a ser, a partir de 1622, la responsable de todos los asuntos referidos a la misión y consolidación de la religión católica entre los laicos.

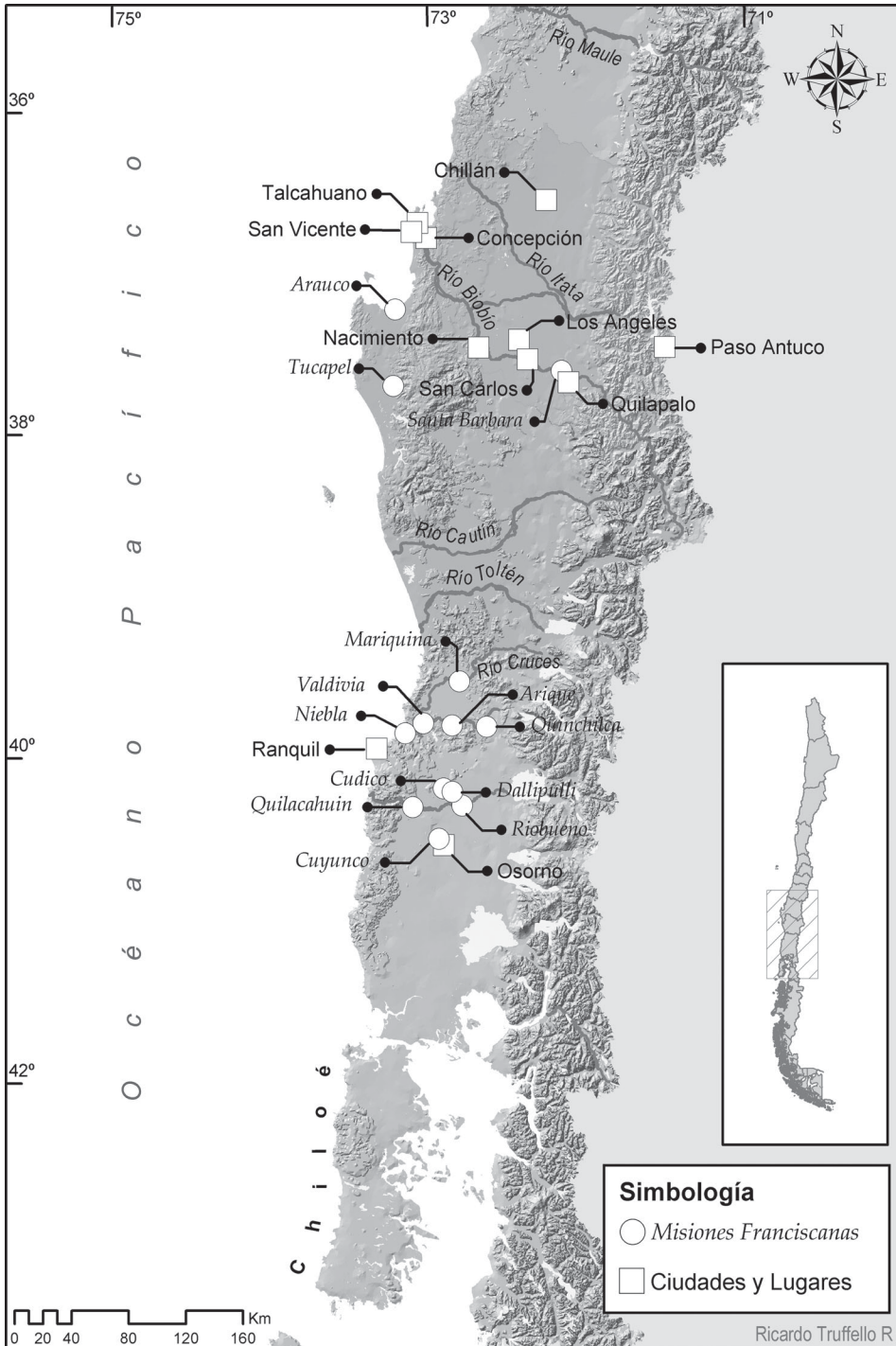
Los franciscanos se convertirán en adalides de esta empresa y, desde 1678, comenzarán a fundar en España los llamados “Colegios de Propaganda Fide”, destinados a reunir y formar religiosos para misionar en América y Asia. Vinculados estrechamente a la política imperial de la península, estos colegios no estarán sujetos a la estructura ordinaria de los franciscanos, sino que dependerán directamente de la Congregación de Propaganda, en Roma, y, en materias propias de la Orden, del comisario general de Indias, instalado en España; es decir, y esto es sustancial para lo que veremos en las páginas siguientes, la administración de los colegios será independiente de la respectiva Provincia franciscana.

Así lo expresaba, en mayo de 1814, el guardián del Colegio de Chillán, indignado con el general realista que había firmado el tratado de Lircay, que estipulaba el retiro de las tropas monarquistas del territorio chileno:

*“Nosotros —apuntaba fray Domingo González— componemos un cuerpo peculiar que subsiste por sí, sin relación alguna con las otras comunidades, y sin dependencia del ordinario, sino sujetos al padre reverendísimo de Indias, a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y al soberano que nos condujo de España a cuenta de su Real Hacienda [...]”*².

universo, cuyo equilibrio es precario debido a los esfuerzos de los demonios por destruirlo. Para preservar dicho orden y evitar estos ataques, Vishnu sufre un “avatar” metamorfoseado cada vez que es necesario, adoptando una encarnación diferente a la anterior. El orden del universo, entonces, retoma su normal equilibrio.

² Carta del guardián del Colegio de Chillán al general Gabino Gaínza, 16 de mayo de 1814, en fray Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814* [1815], Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964, tomo II, 310; también reproducida en la *Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile* (en adelante, C.H.D.I.Ch.), vol. XVII, 115-119.



En la periferia del imperio, Chile recibirá tardíamente a los misioneros de Propaganda, pues recién en 1756 vemos el establecimiento oficial de uno de sus colegios, instalado en el edificio del convento franciscano existente en el villorrio de Chillán. Desde su llegada, la labor de los nuevos religiosos contempló la asistencia espiritual tanto en el espacio propiamente urbano como en el mundo rural cercano. Al poco tiempo vemos a los religiosos cruzando el río Biobío para ocuparse en la cristianización de la precordillera pehuenche, donde se fueron fundando diversas misiones³. Desde 1768 fueron ocupando, además, el espacio misional de la Araucanía abandonado por los jesuitas, recientemente expulsados por orden del rey⁴.

En las siguientes cuatro décadas, estos misioneros se transformaron en una de las piezas claves dentro de las nuevas estrategias imperiales hacia los indígenas “indómitos” del sur, dando un corolario más permanente a la veta persuasiva de parlamentos, negociaciones, regalos y promesas de las autoridades coloniales. Por ello, la Corona los mimaba y cuidaba, y los religiosos devolvían esta preocupación con la férrea fidelidad de súbditos españoles –casi no existían criollos entre sus filas– a toda prueba.

Fray Juan Ramón, guardián del Colegio de Chillán durante el período de la restauración monárquica –entre fines de 1814 y comienzos de 1817–, escribía al respecto, en medio de la felicidad que lo inundaba por el “*feliz éxito de la justa causa*”:

*“Jamás olvidaremos que para el ejercicio del ministerio a que nos llamó en España la Divina Providencia nos condujo el rey de su cuenta [...]; y que no satisfecha la Real piedad con proteger en todas partes nuestro ministerio, nos alimenta y viste mientras nos ocupamos en la conversión de los indios, socorre nuestras necesidades temporales y nos franquea liberalmente los auxilios posibles para facilitar estas expediciones y suavizar los trabajos de ejercicio tan penoso”*⁵.

Frente a este apoyo permanente y generoso, no cabía otra opción que cerrar filas y oponer toda resistencia a quienes desafiaran a su real protector, manifestando, “*en tan sagrada lid*”, el “*amor y fidelidad que los distingue*”:

³ Roberto Lagos, *Historia de las misiones del Colegio de Chillán*, Barcelona, Herederos de Juan Gili, 1908, 91 y siguientes.

⁴ *Ibid.*, 181 y siguientes. Sobre la acción misionera franciscana en la Araucanía, véase Holdenis Casanova, “Presencia franciscana en la Araucanía. Las misiones del Colegio de Propaganda Fide de Chillán (1756-1818)”, en Jorge Pinto (et al.), *Misioneros en la Araucanía. 1600-1900*, Temuco, Universidad de La Frontera, 1988. Sobre la relación estrecha que se dio entre dicho Colegio y los proyectos políticos de las autoridades borbónicas locales, en especial con la figura del gobernador Ambrosio O’Higgins, véase nuestro “Estudio preliminar” a la obra de fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronicón sacro-imperial de Chile*, Santiago, DIBAM, Centro Barros Arana, 1994.

⁵ “Relación que de la conducta observada por los padres misioneros del Colegio de Propaganda Fide de la ciudad de Chillán desde el año de mil ochocientos catorce hace su prelado el Rdo. Padre Fr. Juan Ramón”, Santiago, Publicaciones del Archivo Franciscano, 1997, 8. El texto de Ramón revela el tono triunfalista del momento que estaban viviendo los defensores de la monarquía –en plena restauración– confiado en la protección que Dios había dado a su causa y radical en su tratamiento del bando revolucionario. Sus apuntes no pudieron ser terminados debido a la vertiginosa huida de los frailes luego de la derrota militar de 1817.

*“Claro está que unos religiosos de carácter tan racional y cristiano, llegado el caso de manifestar su amor y fidelidad al Soberano, no se habían de dar por satisfechos con cualquiera sacrificio: así sucedió, y así lo hicieron, duplicando los esfuerzos a medida de la necesidad”*⁶.

No debe extrañar, entonces, como veremos a continuación, que durante las turbulencias bélicas de la Independencia los franciscanos de Chillán se convirtieran en *“la columna constante del ejército, la firmeza del pueblo y sus campañas, el muro de bronce donde se estrelló y quebrantó la soberbia del enemigo”*⁷.

EN GUARDIA POR EL REY CAUTIVO

Al año siguiente de la usurpación francesa, el comisario general de Indias enviaba una circular a los franciscanos repartidos por América llamándolos a rechazar esta situación y defender la causa del rey *“por todos los medios que les sean posibles”*⁸. Esta actitud, sin embargo, ya había sido asumida por el Colegio de Chillán desde que se supo la tragedia, en octubre de 1808. En efecto, de inmediato habían comenzado allí las iniciativas de los misioneros, trabajando *“con el mayor empeño para mantener fieles a las legítimas potestades a los habitantes de la provincia de Concepción, sin desmayar un punto su celo”*⁹.

Todo partió con un novenario de rogativa a la Inmaculada Concepción, *“patrona de la monarquía española”*¹⁰. Algunos meses después se preparó una función de desagravio al Santísimo Sacramento contra los *“sacrílegos franceses”*. Para la ocasión, los frailes compusieron loas alusivas al tema, las que debían ser declamadas por niños vestidos de ángeles. *“Después de haber confesado y comulgado este día mucha gente”*, se cantó una solemne liturgia con sermón y se hizo una procesión llevando al Santísimo por las calles de Chillán, *“en medio de un inmenso concurso que acompañaba devoto y mucha parte con antorchas en la mano que repartió la Comunidad”*¹¹.

Desde ese día, los frailes añadieron a sus mortificaciones diarias una disciplina especial *“para obligar a la inmaculada Madre de Dios a favor de sus clientes”*¹², la que debía mantenerse *“hasta ver libre de su duro cautiverio a nuestro inocentísimo y amantísimo soberano Fernando VII”*¹³. En junio de ese mismo año (1809)

⁶ *Ibid.*, 9.

⁷ *Ibid.*, 40.

⁸ Circular reproducida en Lagos, *Historia de las misiones...*, 433-435.

⁹ Palabras escritas en 1815 por el guardián del Colegio de Chillán, fray Juan Ramón, relatando a Osorio los estragos que la revolución insurgente había dejado en dicho establecimiento: Martínez, *Memoria histórica...*, II, 323-324.

¹⁰ Fray Juan Ramón, “Relación...”, 11.

¹¹ *Ibidem.*

¹² *Ibid.*, 12.

¹³ Carta del guardián del Colegio de Chillán, fray Antonio Rocamora, en que da cuenta de la patente que recibió del comisario general de la Orden, 27 de diciembre de 1809, cit. en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 294.

se hizo otra novena, esta vez a san Antonio de Padua, con el fin de implorarle su patrocinio, y una misa solemne a san Miguel Arcángel, “*Príncipe General de los Ejércitos del Cielo*”.

Cuando llegó la comunicación del comisario general, entonces, ella solo sirvió para reforzar la actitud vigilante y combativa de los frailes, siendo transmitida a todas las misiones repartidas por el territorio indígena para que allí también se ejecutasen las vigilias, misas especiales y sermones alusivos a “*la justa lid en que estaba empeñada la nación*”¹⁴.

Los frailes asumieron la coyuntura como una cruzada. Fieles a la concepción regalista, la propia religión católica dependía de los vaivenes políticos del monarca, cuyos “*sagrados derechos*” debían defender “*generosamente*”. Y por más que confiasen en el “*arbitrio de la Providencia*”, lo cierto es que los acontecimientos locales que derivaron de la insurgencia patriota los llevaron a agudizar su actitud, “*determinados a morir antes que doblar la rodilla al oído de su abominable sistema*”¹⁵.

“GODOS” Y “SARRACENOS”: LA HOSTILIDAD PATRIOTA

Esta actitud se vio catalizada por la creciente hostilidad que comenzaron a vivir en carne propia los miembros de la comunidad chillaneja

El guardián Domingo González recordaba más tarde los oficios y cartas difamantes enviadas por los independentistas contra el colegio y los misioneros, “*asociados de expresiones y términos escandalosos, impíos y denigrativos, nacidos precisamente de su antipatía a las monarquías y monasterios*”. Dichos informes, enviados a la Provincia y a las autoridades del reino, tenían el propósito “*de hacernos odiosos a todos, inútiles para todos y sobre todo perjudiciales a la ejecución de sus depravados planes [...]*”¹⁶.

El sucesor de González, fray Juan Ramón, señalaba:

“Frecuentemente se oían de noche en la plazuela de la iglesia voces desentonadas que pedían el destierro, y, algunas veces, la muerte de los religiosos ajándolos con el nombre de sarracenos. Decir en sus conversaciones que eran unos zánganos, supersticiosos y perjudiciales al estado, con otros dicterios semejantes, era bufonada de pura diversión; pero después de instalada la junta fueron de otra clase más injuriosa”¹⁷.

En efecto, luego de establecida la Junta de Gobierno, cuyos miembros más radicales estaban conscientes del papel negativo que, respecto de sus planes, esta-

¹⁴ *Ibid.*, 293; Ramón, “Relación...”, 13.

¹⁵ Ramón, “Relación...”, 9.

¹⁶ Carta del guardián del Colegio de Chillán, fray Domingo González, al general Juan Francisco Sánchez, 8 de noviembre de 1813, Martínez, *Memoria histórica...*, II, 306-307.

¹⁷ Ramón, “Relación...”, 17.

ban jugando los misioneros sureños, las agresiones fueron en aumento. Cuando se desencadenó la guerra y la opción política de los misioneros se galvanizó, lógicamente estos últimos fueron asimilados al enemigo realista, siendo tratados como tales y sufriendo

*“[...] el deshonor de verse presos por los insurgentes y tratados como reos de Estado; faltándoles en sus tratamientos a la inmunidad que las leyes eclesiásticas conceden a personas de este carácter, llegando su insolente atrevimiento a tratarlos de palabra con las expresiones más insultantes e indecorosas; y de obra hasta el extremo de abocarles al pecho una pistola y amenazarlos con la muerte si no gritaban: muera el rey y viva la patria. El haber sido todos sin excepción amenazados de ser pasados a cuchillo, sin otro delito que favorecer y proteger a cara descubierta las sagradas causas de la religión católica apostólica romana y la del rey nuestro señor y declamar altamente contra su execrable sistema [...]”*¹⁸.

En mayo de 1814, a poco de haberse firmado los pactos de Lircay, el guardián del Colegio escribía al general Gabino Gaínza fundamentando el rechazo de su comunidad al tratado, por la falsedad y el engaño que implicaba para la causa del rey. Allí también le informaba sobre el “*odio formal*” que había desencadenado la patria contra su comunidad, “*en obras y palabras, en papeles públicos y secretos y en manuscritos e impresos que han difundido con las mayores calumnias que pudo inventar un corazón corrompido y poseído de un furor infernal*”¹⁹.

La “propaganda” ofensiva que las autoridades patriotas desplegaron contra el Colegio y la propia actitud de fervoroso monarquismo de los frailes contribuyeron a alimentar un particular encono de las tropas insurgentes, que habrían llegado a amenazar con la destrucción total del colegio y de sus moradores durante el sitio de la ciudad, en 1813, “*atribuyéndonos la causa de que la plaza no se rindiera y las tropas del rey se negaran a entregar las armas*”. La resistencia exitosa de las fuerzas leales al monarca “*hizo subir de punto el fuego de su odio*”, llegando hasta “*pintar con carbón en la puerta de los carros una horca con su víctima vestida de ropa talar*”²⁰.

LA “GUERRA” ESPIRITUAL CONTRA LOS INSURGENTES

La hostilidad patriota se acentuó luego de erigirse el gobierno de José Miguel Carrera, claramente independentista. En octubre de 1811, un decreto de la junta militar suprimió la asignación que la monarquía otorgaba para la manutención del Colegio de Naturales de Chillán, con lo cual también se dejaba agonizando la

¹⁸ Carta del guardián del Colegio al general Sánchez, 8 de noviembre de 1813, loc. cit.

¹⁹ Carta de 16 de mayo de 1814, *passim*.

²⁰ *Ibidem*.

sección de jóvenes de élite que se educaban en él, y entre los cuales se había contado al propio Bernardo O'Higgins²¹.

Estando así las cosas, el obispo de Concepción, Martín de Villodres, proyectó una visita pastoral a toda la zona de la frontera, desde fines de 1811 hasta comienzos de 1813. Más que un recorrido evangélico, se trató de una verdadera misión política destinada a alimentar la fidelidad de los súbditos²². En esta perspectiva, no parece raro que el obispo Villodres haya escogido a fray Francisco Xavier de Alday, uno de los franciscanos más monarquistas de Chillán, para que lo acompañara y se encargara del púlpito y del confesionario, dos de las herramientas persuasivas más potentes,

*“[...] recorriendo todas las plazas y doctrinas de la frontera, buscando a los habitantes de las campañas hasta en sus mismos ranchos, bautizando, confirmando, auxiliando a los moribundos, confesando y exhortando a todas aquellas gentes [...], de lo que fue el alma el reverendo Alday; el púlpito y el confesionario fueron su ocupación ordinaria [...]”*²³.

Villodres señalaba luego que fue gracias a la ayuda de Alday que *“destruyeron también las maquinaciones y propaganda de los insurgentes contra los derechos del rey, como de la grande y eficaz influencia de los pp. del Colegio”*²⁴.

Mientras tanto, en el convento de Chillán continuaban las misas, novenas y procesiones *“por la victoria decisiva de nuestras armas en España”*. Incluso los frailes llegaron a convencer a una partida de soldados del Batallón de Concepción —de tendencia insurgente—, que llegaron para custodiar la procesión del Jueves Santo, persuadiéndolos

“[...] que los traían malamente engañados sus jefes, porque solo pensaban en una verdadera rebelión contra el rey y la religión santa, siendo un delito, el más feo, volver contra S. M. las mismas armas que le entregó, honrándolos y alimentándolos tantos años, y un horribilísimo cargo dar contra la religión que les dejaron sus padres, y única que los podía salvar, exponiendo con esto a todo el Reyno a una pérdida temporal y eterna. Todos se mostraron sinceramente adictos al partido de la razón y confesa-

²¹ Lagos, *Historia de las misiones...*, 437. Sobre la estadía del hijo natural del gobernador Ambrosio O'Higgins en dicho Colegio, véanse los documentos publicados en el *Archivo de don Bernardo O'Higgins* (en adelante, A.O.), vol. I, 9 y 195; también el trabajo de Jaime Eyzaguirre, “Los maestros franciscanos de don Bernardo O'Higgins”, *Estudios*, Santiago, N° 235-236, 1954; del mismo Eyzaguirre, “La actitud religiosa de don Bernardo O'Higgins”, *Historia*, Santiago, P. Universidad Católica de Chile, 1, 1961; Ricardo Donoso, *El Marqués de Osorno don Ambrosio Higgins, 1720-1801*, Santiago, Universidad de Chile, 1941, 384-388; y el artículo mimeografiado de fray Rigoberto Iturriaga, “El paso del niño Bernardo O'Higgins por el Seminario de Naturales de Chillán”.

²² Fray Juan Ramón, “Relación...”, 21.

²³ Informe del obispo de Concepción al gobernador Marcó del Pont, 11 de septiembre de 1816, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 488-489.

²⁴ *Ibidem*.

ron con ingenuidad que por sus pocas luces eran engañados y sentían no hubiera en su cuerpo quien los ilustrara"²⁵.

A toda esta labor atribuye fray Juan Ramón el hecho de que, al desembarcar el ejército realista de Pareja y ordenar el intendente patriota de que bajaran las milicias de la frontera para defender la ciudad, no acudió nadie²⁶.

Ya en 1813, con la guerra desatada y las posiciones definidas a ultranza, el gobierno patriota comenzó a dismantlar los hospicios y misiones seráficas del sur, suspendiendo, además, la tradicional entrega estatal de recursos y de asistencia a todas ellas²⁷.

El ataque directo y abierto apuntaba ahora a la existencia misma de la comunidad. Pero esta ya tenía plena conciencia de que, plegada al bando hispano, debía autosustentarse hasta que el "orden" fuese restablecido y la protección de la monarquía volviese a reinar por los pasillos del convento, de la mano de los soldados leales a su causa.

Fue natural, entonces, que en marzo de 1813, al desembarcar la expedición restauradora de Antonio Pareja, primero en Chiloé y luego en Valdivia y Talcahuano, este militar tomara contacto y generara una rápida amistad con fray Antonio Rocamora, viceprefecto de misiones del Colegio de Chillán. Rocamora envió de inmediato una circular a todos los asentamientos misionales de su jurisdicción, solicitando orar por el éxito de los enviados del virrey y subrayando que

*"[...] del feliz logro del fin que se pretende, han de saber que depende el buen orden de las cosas, el alivio de tantos pobres oprimidos, la conservación de nuestras misiones, el consuelo de la Iglesia y en una palabra, la paz y felicidad de todo el reyno del Perú y Chile"*²⁸.

El destino de las instituciones y de las verdades cristianas estaba en las manos de estos soldados y de su triunfo dependía evitar la caída en los abismos de la impiedad y del caos patriota.

La esperanza y el regocijo cundió entre los frailes, y el guardián del Colegio chillanejo no tardó en colmar a Pareja de elogios y parabienes, comprometiendo la ayuda material y espiritual de su comunidad²⁹.

Este compromiso no tardó en ponerse a prueba, pues a los pocos meses el ejército carrerista se acercaba a Chillán para atacarlo. Previendo que una casona muy bien dispuesta que existía a algunas leguas de la ciudad, y que gozaban como capellanía los franciscanos, podría beneficiar a los patriotas si caía en sus manos,

²⁵ Ramón, "Relación...", 22.

²⁶ *Ibid.*, 23.

²⁷ Martínez, *Memoria histórica...*, II, 112-113.

²⁸ Circular de 23 de marzo de 1813, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 440-441.

²⁹ "[...] puedo asegurarle que aún no he vuelto en mí de los tiernos sentimientos que me han causado sus bien vertidas expresiones", señalaba Pareja a fray Domingo González: carta de 2 de abril de 1813, cit. en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 303.

³⁰ Ramón, "Relación...", 34.

la autoridad realista se lo hizo saber al prelado del convento, a lo que “*toda la comunidad convino gustosa en que se arruinara prontamente, como hizo, para evitar los peligros*”³⁰.

Bajo el fuego enemigo y sin temor al martirio por su rey, los religiosos seguían cantando rogativas a la Virgen para implorar su intercesión. La divinidad parece que escuchó las plegarias a comienzos de agosto, durante el intento patriota por entrar a sangre y fuego en la ciudad. Los vecinos manifestaron un entusiasmo defensivo “*muy extraño y como obra del Omnipotente*”, pues todos los habitantes, utilizando cualquier tipo de arma, “*hicieron su deber en herir, matar, degollar y fugar al enemigo insurgente*”³¹. En los días siguientes la comunidad franciscana no cesó de agradecer a los cielos con misas cantadas y un solemne *Te Deum*, liturgias que fueron acompañadas “*con el estruendo de la artillería, festivos repiques de campana y repetidos mutuos parabienes*”³².

A fines de 1813, ya superado el asedio patriota, el guardián Domingo González atribuía las victorias que se estaban observando en el campo monarquista a la intervención divina, accionada gracias a

“*[...] los clamores y gemidos, sollozos y suspiros que a este fin dirigían incessantemente al cielo acompañados del silencio de la disciplina, del ayuno y otros sacrificios de mortificación y penitencia, promoviendo en todas partes estos ejercicios de piedad, culto y devoción, asociados de la heroicidad de socorrer, animar y dar valor a las tropas con bizarría más que varonil*”³³.

Su satisfacción religiosa actuaba paralelamente con su revanchismo antipatriota, actitud que se observa al proponer que se destinara, para financiar la erección de un monasterio femenino en el pueblo, alguna de las haciendas cercanas, “*de las muchas que por justicia y necesidad serán secuestradas de los que se han declarado partidarios de los insurgentes o de los que han sido los principales agentes*”³⁴.

Intervención divina o no, lo cierto es que la febril actividad desplegada por los frailes durante todo aquel oscuro año de 1813 fue reconocida por todos como decisiva. El clero era un factor clave para legitimar las acciones bélicas y políticas, y así lo sentía el propio Gaínza quien, luego de firmar los pactos de Lircay, buscó el apoyo de los franciscanos para que utilizaran las mismas herramientas persuasivas anteriores a fin de tranquilizar a sus fieles y de convencerlos de las bondades de la nueva situación.

El guardián González no sólo se negó a la solicitud³⁵, recriminándolo por haber traicionado la soberanía real en estas tierras, sino que incluso llegó a tomar una

³¹ *Ibid.*, 36.

³² *Ibid.*, 37.

³³ Carta de 12 de noviembre de 1813, cit. en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 321-322. La misma opinión expresa el general Sánchez, sucesor de Pareja al mando de las fuerzas leales al rey: “*De modo que a sus interesantes oraciones públicas y privadas deben atribuirse las repetidas victorias de las armas del rey contra los insurgentes*”: oficio de 7 de julio de 1813, cit. en *Ibid.*, 303.

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ González le habría dicho “*que ni él ni sus súbditos debían ni podían persuadir al pueblo a recibir unos tratados que envolvían su ruina y la de todo el reino; que eran unos tratados contrarios a la fidelidad que todo vasallo cristiano debe a su Dios y a su Rey*”: fray Juan Ramón, “*Relación...*”, 44.

posición más activa en la coyuntura política de la guerra, escribiendo personalmente al virrey para informarle de esta situación, alarmarlo respecto a nuevas iniciativas de los patriotas y solicitarle el reemplazo del general negligente y pusilánime. De hecho, fue la actitud decidida de González y de la comunidad franciscana la que en buena medida evitó que Gaínza evacuara el territorio, según lo estipulaba el tratado, y la responsable, también, de que la autoridad limeña renovara su iniciativa restauradora en Chile³⁶.

El convento de Chillán evidenciaba, con ello, una actitud plenamente congruente con sus ideas políticas y con la línea permanente que había mantenido durante el sitio de la ciudad y la convivencia estrecha con los militares del rey en la resistencia a los insurgentes.

LOS FRAILES AL SERVICIO DEL EJÉRCITO

El apoyo a las fuerzas realistas no solo se dio en el plano espiritual o pastoral, sino también en hechos y aportes materiales concretos, con informaciones, alimentos, logística y consuelo durante más de un año; a tal punto, que el guardián Juan Ramón llegó a afirmar que *“el ejército y el Colegio se contemplaban y miraban como un solo cuerpo, unido para sostener con la mayor pujanza de la causa”*³⁷.

Su aporte se verificó ya desde la llegada de Pareja, pues este no tenía información del estado militar en que se hallaba Talcahuano y el resto de la costa araucana. El viceprefecto Rocamora escribió rápidamente una carta cifrada a fray Gregorio Eguiluz, misionero de la plaza de Arauco, enviándosela con un indígena de confianza. El misionero contestó dando amplias noticias de todo lo solicitado, *“de manera que el ejército realista pudo darse a la vela seguro de no encontrar resistencia para desembarcar en San Vicente, y su jefe más persuadido que lo estaba de que Chillán debía ser el centro de sus operaciones y su baluarte inexpugnable”*³⁸.

La contribución de Eguiluz a las tropas realistas mantuvo este nivel de realismo y coraje. Así, cuando en septiembre de 1813 el ejército acantonado en Chillán no había recibido su paga por falta de dinero, y solo podía obtenerlo de Valdivia, dicho fraile acometió personalmente el viaje, valiéndose de su conocimiento del terreno y de sus habitantes, persuadiendo a los indígenas, avalando su desplazamiento con motivos pastorales y amparándose en su amistad con los caciques³⁹.

Chillán fue, pues, cuartel general del ejército monarquista en la victoria y en la derrota. De hecho, después de la batalla de Yerbas Buenas, Pareja retrocedió y decidió acuartelarse en ese poblado pues, según Melchor Martínez, *“no había lugar más a propósito ni capaz de proporcionar alojamiento y subsistencias al*

³⁶ Lagos, *Historia de las misiones...*, 459.

³⁷ Ramón, “Relación...”, 29.

³⁸ Lagos, *Historia de las misiones...*, 440.

³⁹ *Ibid.*, 450.

ejército [...]"⁴⁰. Con altos y bajos, y un largo asedio patriota agujereado por crecientes y victoriosas guerrillas monarquistas, las tropas del rey y los franciscanos misioneros lograron construir un espacio de coexistencia humana e ideológica de gran cohesión y confianza.

Los religiosos pusieron toda su infraestructura y energía al servicio del ejército durante ese aciago invierno de 1813; y ello quedó estipulado, tanto en las palabras de agradecimiento de los beneficiados como en la relación detallada que hizo fray Domingo González⁴¹. Se destaca en primer lugar el auxilio espiritual, con veintiocho misas cantadas solemnemente desde la entrada de Pareja a la ciudad, implorando la protección del "Dios de los Ejércitos" "*a favor de las sagradas y justas causas que defendemos*". En este nivel se debe incluir "*el haber exhortado pública y privadamente con energía apostólica el valor y la constancia a las tropas*".

Luego, González destaca la labor del presidente del Colegio, fray Antonio Banciella, quien fue designado capellán de las fuerzas realistas allí acantonadas y en tal calidad acompañó al ejército hasta las riberas del río Maule, "*suministrando de paso los conocimientos más útiles respecto del terreno y de los sujetos adictos o contrarios a la justa causa*".

El informe agregaba la elaboración y reparto de comestibles, sobre todo galleta para la tropa, la asistencia de un sacerdote en el hospital, el aporte de más de noventa caballos en diferentes ocasiones y la entrega de libros impresos y manuscritos de la biblioteca del Colegio para fabricar cartuchos de municiones. Además, la manutención diaria de los prisioneros depositados en el Colegio de Naturales y de la cuarentena de soldados destinados a custodiarlos.

Destaca el hecho de que el convento de Chillán se había constituido en amparo de numerosos religiosos, eclesiásticos y seculares que "*libres de las prisiones en que los tenían los enemigos como reos de Estado, se acogieron al amparo de este Colegio*", recibiendo sustento diario de parte de los misioneros. En efecto, cinco clérigos de la región, doce religiosos franciscanos de la Provincia —entre los que se contaba al ex guardián de la Recoleta de Santiago, fray José Quiles— y veintiséis personas particulares, la mayoría peninsulares, fueron socorridos "*con mesa, cama, cuarto y luz, [...] y permanecieron en él largo tiempo*"⁴²; ello, sin contar los

⁴⁰ Martínez, *Memoria histórica...*, II, 142. En la batalla de San Carlos, en mayo de 1813, el clérigo patriota Pedro José Eleicegui se puso a "*llamar por su nombre a muchos soldados penquista y valdivianos*" con el fin de provocar su desertión a favor de las tropas patriotas: Leonardo León, "Reclutas forzados y desertores de la Patria: el bajo pueblo chileno en la guerra de la Independencia, 1810-1814", *Historia*, Santiago, P. Universidad Católica de Chile, 35, 2002, 277.

⁴¹ Carta del guardián del Colegio de Chillán, fray Domingo González, al general Juan Francisco Sánchez, 8 de noviembre de 1813, *passim*. Existe otro documento, elaborado en forma de lista y para un período más amplio, que enumera detalladamente todos los "*auxilios espirituales y temporales*" brindados por los franciscanos de Chillán al ejército monarquista entre 1808 y fines de 1814: Martínez, *Memoria histórica...*, II, 308-309. De esta última lista existe una versión manuscrita y con ligeras variaciones que hemos consultado en el Archivo General de la Orden (Roma), Fondi Misti, sección "Missioni", vol. M/36, pza. 6, fjs. 91r-v.

⁴² La lista de estas personas se reproduce en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 304-305; y en Lagos, *Historia de las misiones...*, 568-569.

muchos que paraban allí por algunos días, “*de modo que un día con otro mantenía el Colegio a doscientas personas, incluso los soldados*”⁴³.

Con respecto a casos de colaboración específica, destacamos el de fray Juan Almirall, nombrado como asesor y secretario privado del general Juan Francisco Sánchez, sucesor interino de Pareja –fallecido y sepultado en la cripta del Colegio de Propaganda–. El papel que cumplió este sacerdote fue mucho más allá que el de un secretario, a juzgar por el testimonio de un alto oficial monarquista. Según este, era Almirall quien en realidad dirigía las operaciones militares y articulaba las providencias para la defensa y aprovisionamiento⁴⁴. De hecho, cuando Carrera propuso tratar la paz luego de los fallidos intentos por invadir Chillán, fue este franciscano quien negoció en representación de Sánchez, actuando como su secretario y como “vicario” del ejército realista⁴⁵.

Volvemos a encontrar, también, a Francisco Xavier de Alday, el mismo que había acompañado al obispo Villodres durante su visita pastoral de 1812 por la región, exhortando con su palabra a la fidelidad de los súbditos. Al saber la llegada de Pareja y la toma de Talcahuano y Concepción por parte de las fuerzas monarquistas, y “*conociendo el natural y cristiano temperamento de las tropas que acababan de llegar*”, este fraile consiguió algunas reliquias con las monjas del monasterio de Trinitarias de esa última ciudad. Con ellas y trozos de tela fabricó cerca de trescientos relicarios que repartió entre los soldados, a quienes citaba a su cuarto y “*haciales presente que la causa que iban a defender era la más justa y santa que se podía presentar en el mundo; que la patria, el rey y la religión confiaban la defensa de sus sagrados derechos a la pujanza de sus brazos y firmeza de su corazón*”⁴⁶. Su actuación fue tan decidida y exitosa, como lo revela el ejemplo anterior, que el gobierno patriota dictaría una orden de aprehensión específica en su contra, “*y en todas partes estaban advertidos para prenderle*”⁴⁷.

Fray Juan Ramón, futuro sucesor de González en la guardianía del Colegio, pudo colaborar estratégicamente con el propio virrey desde su puesto de misionero en Arauco. En efecto, la autoridad había enviado una pequeña expedición para informarse de la situación del reino, y su barco llegó sigilosamente a las costas del sur en agosto de 1813. Uno de sus ocupantes, el cura de Talcahuano Juan de Dios Bulnes, se filtró disfrazado y logró enviar un mensaje para el general Sánchez a través de Ramón. Este último no solo cumplió con el encargo, sino que aportó información de primera mano sobre el estado del ejército real⁴⁸.

No solo Ramón, sino todos los religiosos que se encontraban en la misión de Arauco prestaron valiosa cooperación a las tropas que contraatacaron y lograron restaurar la comunicación con Valdivia, Chiloé y Lima:

⁴³ Fray Juan Ramón, “Relación...”, 37.

⁴⁴ Lagos, *Historia de las misiones...*, 444.

⁴⁵ *Ibid.*, 447-448.

⁴⁶ Ramón, “Relación...”, 26.

⁴⁷ *Ibid.*, 32.

⁴⁸ Martínez, *Memoria histórica...*, II, 185.

*“Igualmente debe referirse la cooperación y esforzados oficios del respetado sacerdote don Manuel Martínez y de los padres misioneros residentes en Arauco, quienes sosteniendo y **dirigiendo la opinión moral** de aquellas gentes y el primero aún la física con sus exhortos y **compañía en las principales acciones de la campaña**, contribuyeron principalmente al buen éxito de los sucesos”⁴⁹.*

A comienzos de 1814 el nuevo general de las fuerzas monarquistas, Gabino Gaínza, llegó desde Lima con tropas frescas y se dirigió prontamente al cuartel central de Chillán, donde fue recibido con salvas de artillería y muestras de alegría. Dice Melchor Martínez:

*“La sensación de un nuevo general con dinero y vestuario, con nuevas tropas de Lima y Chiloé aumentaba el influjo físico y moral, y el confesionario y púlpito de los misioneros eran **banderas de enganche**”⁵⁰.*

El guardián franciscano de inmediato ofreció colocar la comunidad “a sus órdenes, y poniendo a su disposición el Colegio y cuanto en él había”, si bien Gaínza se mostró más bien indiferente⁵¹. La misma actitud manifestó González con Mariano Osorio, en agosto de 1814, cuando este se aproximaba desde Concepción, poniéndose “a su disposición y obediencia”. Al manifestar el militar su intención de instalar el cuartel general en el convento chillanejo, la noticia “alegró mucho a los religiosos, viéndose compensados de los desvíos de su antecesor”. En efecto, tanto la tropa como los oficiales y el propio Osorio fueron alojados en el Colegio franciscano, “que todos fueron recibidos con repiques de campana, Te Deum y mil abrazos de los religiosos, que tanto habían suspirado y clamado al Cielo por tan oportuno remedio”⁵².

Fray Domingo, además de trabar amistad con el nuevo general, le informó en forma amplia y detallada de todo lo acontecido en el reino desde el comienzo de la insurgencia. Cuando Osorio salió para el norte a combatir, dejó encargada a los franciscanos una rogativa por el éxito de la empresa; encargo que estos ejecutaron sin cesar hasta que en octubre se supo de la victoria en Rancagua, “la que se celebró con el mayor regocijo, repiques de campanas y acción de gracias al Dios de los ejércitos”⁵³.

LOS USOS DE LA ORATORIA

El campo de batalla se trasladó también a la palabra, bajo el control hegemónico que tenían los franciscanos del púlpito chillanejo y fronterizo. Desde que se

⁴⁹ *Ibid.*, 191 (el destacado es nuestro).

⁵⁰ *Ibid.*, 225 (el destacado es nuestro).

⁵¹ Ramón, “Relación...”, 43.

⁵² *Ibid.*, 46; oficio al guardián del Convento de Chillán, fray Domingo González, 22 de agosto de 1814, cit. en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 314.

⁵³ Ramón, “Relación...”, 47-48.

supo la usurpación francesa de la Corona, en octubre de 1808, comenzaron las iniciativas de los misioneros, partiendo, como hemos visto, con un novenario de rogativa a la Inmaculada Concepción. Allí se puso gran énfasis en el sermón de conclusión, “*en que el predicador manifestó al numeroso concurso el peligro de la monarquía, y le exhortó de todos modos a desempeñar con fervor la obligación de pedir a Dios el remedio de tantos males por medio de la Santísima Virgen*”⁵⁴.

A comienzos del año siguiente, en la función de desagravio al Santísimo Sacramento, nuevamente le cupo un papel central al sermón, “*en que el predicador manifestó los sentimientos religiosos propios de todo cristiano en tan funestas circunstancias, y exhortó al numeroso auditorio a implorar la Divina Clemencia en honor de su Santo Nombre, libertad del Monarca y victoria de la nación*”⁵⁵.

Fray Juan Ramón, por su parte, subrayaba la continua exhortación que se hacía a los fieles:

*“En los sermones, en las pláticas, en el confesionario y en todas las oraciones que se presentaban, [los religiosos] recordaban la obligación de todo vasallo a concurrir en el modo posible al remedio de esta urgente necesidad”*⁵⁶.

La oratoria persuasiva, encendida e histrionizada, cargada de fermento divino, de militancia política y de impulso belicista, pasó a formar una parte esencial de la liturgia cotidiana. Un testigo relataba cómo

*“[...] los religiosos recoletos de Chillán que iban a Concepción, y la mayor parte de los padres y curas de Concepción, a toda hora del día y de la noche se lo pasaban predicando, haciéndoles ver a todos que no había otra obligación que obedecer a Dios y al Rey, morir por Dios y por el Rey. Meses enteros no predicaban otra cosa. Los primeros patriotas y ocultos que habían entonces, desesperaban en contra de estos religiosos por no predicar más que del Rey y morir por el Rey”*⁵⁷.

El contenido del mensaje, como vemos, apelaba fuertemente a la fidelidad obligatoriamente agradecida de los súbditos y a la regeneración de los lazos afectivos del cuerpo político, teniendo en vista “*los bienes espirituales y temporales que de esto resultaban*”⁵⁸. Pero, sobre todo, el sentido profundo que se transmitía era la unión permanente entre la divinidad y la monarquía, puesto que la derrota de esta última acarrearía necesariamente la ruina de la fe y el triunfo de las tinieblas. En esta clásica lucha del “bien” contra el “mal”, el deber de todo buen cristiano debía anclarse en la fidelidad al rey y el alejamiento del pecado, para lo cual los frailes “*clamaban desde*

⁵⁴ *Ibid.*, 11.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ *Ibid.*, 12; Martínez, *Memoria histórica...*, II, 323-324.

⁵⁷ Manuel Gregorio García, “Razón de lo que he presenciado y mucha parte que no e bisto mean contado personas honrradas de una y otra parte, desde el año dies”, *Revista chilena de historia y geografía*, Santiago, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 53, 1924, 45.

⁵⁸ Ramón, “Relación...”, 41.

*el púlpito contra la corrupción de las costumbres, persuadían en el confesionario la firmeza en la fe que debían a Dios y subordinación al soberano*⁵⁹.

Durante el asedio de Carrera a Chillán, en 1813, como hemos visto en otros pasajes de la actitud franciscana, los frailes asumieron un compromiso activo con la guerra, exhortando a los soldados y *“animándolos al mismo tiempo a continuar la lid hasta terminar cumplidamente la victoria”*, manifestando un *“celo constante que inflamaba las tropas y las hacía victoriosas de los enemigos en todos los encuentros, grandes y pequeños”*⁶⁰. Luego, con el impulso material y anímico que significó la llegada de Gaínza con nuevos refuerzos militares, el confesionario y el púlpito se transformaron en verdaderas *“banderas de enganche”*⁶¹.

Las autoridades patriotas tenía plena conciencia del papel central jugado por los franciscanos chillanejos en la contraofensiva realista. A comienzos de 1814, en forma paralela a la llegada de Gaínza, el gobierno patriota escribía al intendente de Concepción constatando el papel exitoso jugado por las estrategias persuasivas desplegadas por el clero monarquista entre sus fieles, calificándolas como su *“principal arma”*:

*“La principal arma con que nos han combatido los enemigos ha sido la opinión que han formado en los habitantes de las provincias que ocupan. A excepción de uno u otro hombre despreocupado y de mediana instrucción, lo que es muy escaso en las campiñas y lugares cortos; a los demás les han seducido con mil ilusiones y absurdos”*⁶².

El escrito, luego de denostar a los frailes como *“los más ignorantes y brutales”*, pone el acento en el abuso que habrían cometido con la mayoría de los habitantes de la zona sur, iletrados e ignorantes de la propuesta de los insurgentes. Los sacerdotes habrían aprovechado su investidura y el influjo que tenían sobre la población, absolutamente crédula de su palabra, *“para pintar injusto y abominable nuestro sistema”*. Su capacidad de *“seducción”* —el término es utilizado por el documento— y de conmoción colectiva se concentraba en la oratoria culpabilizante, predicando a los fieles de Chillán

*“[...] que todo el que sigue el sistema de la patria, peca mortalmente, y que si muere en este estado se condena. A prisioneros nuestros, que han tomado gravemente heridos, no se les ha querido absolver, hasta tanto que no han abjurado públicamente el amor a su patria, y protestando seguir y defender la tiranía”*⁶³.

Esta estrategia se habría reforzado con algunos métodos impresionistas que apuntaban, como en el Barroco, a generar tensiones psicológicas que llevaran a mover la voluntad del individuo en la línea requerida por sus autores. Así, los frailes habrían

⁵⁹ *Ibid.*, 20.

⁶⁰ *Ibid.*, 41.

⁶¹ Martínez, *Memoria histórica...*, II, 225.

⁶² “Extracto de un oficio del supremo gobierno del 12 de enero al gobernador intendente”, publicado en *El Monitor Araucano*, C.H.D.I.Ch., XXVII, 264-265.

⁶³ *Ibidem*.

organizado escenas teatrales en que por las noches aparecían luces en el lugar donde el año anterior se habían ubicado las tropas sitiadoras de la ciudad;

“[...] y escondiéndose disfrazados con figuras horrorosas, algunos de los mismos religiosos, empiezan a prorrumpir con un tono lastimero en las siguientes expresiones: ‘Maldita sea la patria; malditas las ocasiones en que yo pelié contra el ejército del rey, que por esto me veo sepultado en los infiernos [...]’”⁶⁴.

Otro mecanismo persuasivo al que apelaron los franciscanos, también muy propio de las fórmulas de legitimación utilizadas durante el Barroco, fue el uso de imágenes articuladas. En este caso, el documento nos habla de una imagen de la Virgen que habría sido utilizada para infundir valor y asegurar el sentimiento de protección divina en los soldados comisionados para salir a operaciones de guerrilla. De esta forma –si seguimos la denuncia patriota– la tropa entraba al templo, se hincaba frente al altar y el oficial superior ofrecía su bastón de mando a la Virgen, solicitándole que lo aceptara si consideraba que se defendía una causa justa. En ese momento, la imagen, articulada por resortes ocultos a la vista, extendía su brazo, tomando dicho bastón⁶⁵.

LA DEMONIZACIÓN DEL ENEMIGO

Luego que comenzó la agitación interna “*de la rebelión*” –escribe fray Juan Ramón, guardián del Colegio durante los años de la restauración monárquica–,

“[...] puedo decir que los rebeldes, para afirmar su sistema, se coligaron con el infierno, prometiéndole aumentar sus víctimas con la protección del libertinaje para exterminio de la Santa Religión; y que el infierno concurría protegiéndolos con la mentira, y los ayudaba con una seducción tan íntima y obstinada que aún en el día apenas hay quien confiese con sencillez que erró como hombre. Así se abrazaban y estrechaban estos dos horrorosos monstruos, coligados para la más abominable y triste desolación”⁶⁶.

⁶⁴ *Ibidem*. La misma impresión la recoge Juan Egaña, desterrado a la isla de Juan Fernández luego del triunfo de la restauración monárquica, afirmando que él habría sido testigo “*del irreverente y supersticioso escándalo con que en la misma provincia de Chillán, los misioneros de propaganda, y el general don Francisco Sánchez, aparentaban en la medianoche espectros que con cadenas y horriblos gemidos, clamaban que eran las almas de los insurgentes que estaban excomulgadas y condenadas [...]*”;

Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios*, A.O., XX, 183.

⁶⁵ “Extracto de un oficio...”, loc. cit.; esta estrategia también la recoge Egaña, *El chileno consolado...*, *passim*.

⁶⁶ Ramón, “Relación...”, 13. Sobre el uso de la “satanización” del enemigo durante la coyuntura de la independencia, utilizada tanto por el clero realista como por el patriota, véase el trabajo de Maximiliano Salinas, “La reflexión teológica en torno a la revolución y al papel de la Iglesia en la naciente república”, en Juan Noemí (ed.), *Pensamiento teológico en Chile*, I: “Época de la Independencia nacional, 1810-1840”, Santiago, Anales de la Facultad de Teología, P. Universidad Católica de Chile, 1978, 16 y siguientes.

El autor de este análisis escatológico está convencido de la instrumentalización que habría hecho Satán de los insurgentes —a la fecha, vencidos temporalmente— con el fin de destruir la obra de Dios en el reino de Chile. Más aún, el encono con que estos “títeres” patriotas habrían actuado contra los misioneros franciscanos de Chillán confirmaría que estos “*soldados de Jesucristo*” lograban hacer suficiente mella a las intenciones del maligno.

De esta manera, la influencia espiritual de los frailes del Colegio en la región, que se extendía desde el confesionario hasta las misiones circulares por el campo, así como en las misiones permanentes entre los indígenas, tendrían “*irritado al común enemigo y deseoso de arruinar el baluarte que por todas partes le hace una guerra tan viva y permanente*”⁶⁷. Y continúa Ramón:

*“[...] ninguna ocasión se le pudo presentar tan oportuna como esta de la revolución en que, coligado con unos hombres desmoralizados, sin Rey y sin religión, hallaban los instrumentos más apropiados para sus horribles ideas”*⁶⁸.

Ello explicaría, según el autor, el hecho de que el primer golpe lanzado por la nueva junta de gobierno fuera contra el Colegio de Naturales, suspendiéndole los subsidios económicos.

Más adelante agrega que el encono de los junistas “libertinos” no solo apuntaba a la comunidad franciscana, sino a la propia religión, demostrando así el siniestro trasfondo del racionalismo que iluminaba el movimiento:

*“Tocar puntos de religión era para la mofa y el escarnio, y prorrumpir en blasfemias contra la fe santa era hacer gala de la ilustración a que la patria los había conducido, sacándolos del tenebroso caos de invenciones y antiguallas de frailes y curas ociosos por su particular interés. Las costumbres seguían este mismo nivel, con general trastorno de las familias que flaqueaban, observándose que aun las más moderadas y respetadas hasta entonces por su virtud y proceder, se portaban con el mayor desbarato desde el instante mismo que abrazaban el sistema”*⁶⁹.

Esta visión ideológica y teológica de la unión entre el enemigo sobrenatural y el terrenal no era exclusiva del autor citado sino que formaba parte del universo conceptual y retórico de todos los integrantes de la comunidad franciscana del sur. Sus sermones y pláticas morales estaban plagadas de referencias a este contubernio y a las desastrosas consecuencias que podía traer para los que siguieran su senda.

Para contrarrestar esta visión estigmatizadora y la oratoria apocalíptica de los misioneros, los patriotas recurrieron al despliegue de clérigos afines a sus ideas. Entre ellos, se contó con la entusiasta participación del obispo auxiliar Rafael

⁶⁷ *Ibid.*, 14.

⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁹ *Ibid.*, 19.

Andreu y Guerrero, quien viajó a la zona desde la capital, en medio de la zozobra que cundía en su bando por la resistencia exitosa de Chillán y de las guerrillas realistas. En octubre de 1813 promulgó una proclama a favor de la independencia y contra el clero que apoyaba la restauración de la monarquía, refiriéndose implícitamente a los franciscanos del Colegio como “*miserables sacerdotes*”⁷⁰. En ella, Andreu señalaba la tarea que Dios le había encomendado para “*buscar y pretender [...] no solo la salvación de vuestras almas, sino también vuestra felicidad, paz, sosiego y seguridad, para que con ella disfrutéis santamente de lo que el Padre de las misericordias os ofrece y proporciona en este dichoso reino*”⁷¹.

Esta proclama fue respondida en forma detallada, metódica y agresiva por los franciscanos de Chillán, respuesta que fue prontamente remitida a Concepción por fray Francisco Xavier de Alday “*con el fin de que corriera en esta ciudad y se entendiera su contenido*”⁷².

Luego de autoculparse brevemente por el aparente escándalo que significaba el hecho de que unos sacerdotes levantasen su voz para criticar a un obispo mitrado, los franciscanos se lanzan directamente contra lo que califican de “*operación diabólica*”, montada por los insurgentes. Estos, viendo “*que con las armas no podían traer a su partido, ni rendir la parte de la provincia que se mantenía fiel al Rey y a la religión*”, trajeron a dicho obispo para que “*con sus sermones y proclamas sorprendiese, como lo tenía costumbre, la simplicidad inocente y religiosa de estos fieles vasallos del rey*”.

Nuevamente vemos a los feligreses-súbditos rurales siendo manipulados por culpa de su ingenuidad y credulidad religiosa, aunque ahora por el otro bando en pugna.

Y si retomamos la idea de que es el demonio el que mueve los hilos patriotas, se hace evidente que los franciscanos monarquistas vean su causa como la única que defiende a la religión católica. La causa patriota, además, fomentaba la disolución de las normas sociales y morales que regían –y debían regir– entre dichos súbditos, convirtiéndolos en “*libertinos agitados de las pasiones más vergonzosas, que quieren satisfacerlas impunemente sin el freno de la ley*”. Más adelante insisten sobre este punto, al justificar la existencia de un príncipe, aunque sea un mal gobernante, como algo “*menos pernicioso que la impunidad de los delitos y la libertad, con que los impíos se arrojarían con audacia a las mayores maldades en un Estado donde no hubiera autoridad superior para contenerlos*”. Esta percepción se radicaliza, luego, al refutar los párrafos de Andreu sobre el derecho divino a la “libertad”:

⁷⁰ En la “Contestación...” redactada para refutar a Andreu, los franciscanos hacen mofa del apelativo firmando, justamente, como “*Los miserables sacerdotes*”.

⁷¹ La proclama de Andreu se encuentra retomada al interior del texto elaborado por los franciscanos de Chillán para criticarla: “Contestación que el Colegio de Misioneros de Chillán dio a la proclama que hizo circular el Illmo. Señor Obispo de Epifanía en Chillán y la frontera”, C.H.D.I.Ch., XXII, 315-384.

⁷² “Contestación...”, *Ibidem*. También se refiere a ella fray Melchor Martínez en su *Memoria histórica...*, II, 208.

“Pero si a pesar de lo dicho insiste V. S. en que de todos modos es libre el hombre y facultado para obrar libremente, deberá también decir que cualquiera tiene facultad para incendiar, robar, matar y vivir como le diera la gana [...], y todo esto por derecho divino”.

Más adelante son más tajantes sobre la irreligiosidad y anticatolicismo que abrasaría al sistema insurgente, el cual, *“por ley fundamental excluye la fe de la iglesia romana y resiste a la autoridad del supremo Pontífice”* y, por ende, tendría entre sus principales objetivos *“arrojar de este reino la religión católica, apostólica, romana, única y verdadera que hay sobre la tierra [...]; un sistema, en fin, que larga las riendas al libertinaje, como lo tocamos con dolor, en cuantos por malicia o por engaño le han abrazado”*. Las consecuencias para sus seguidores no podrían ser otras que *“la condenación de sus almas y la entera ruina de sus casas y familias. Enemigos de Dios, del Rey y de la religión ¿Qué otra cosa podrán esperar jamás?”*.

Es bajo esta perspectiva moral, en esta autopercepción de escudo protector de la fe y del único sistema político aprobado por la divinidad, que los *“sacerdotes realistas”* de la comunidad franciscana de Chillán —así se autodefinen en el título de su *Contestación...*— se atreven a calificar al obispo Andreu de *“salteador inhumano y atrevido”* y considera un deber ineludible hacer presente *“su atroz audacia, su negra hipocresía, su doctrina errónea, sus notorias falsedades, su ignorancia y su entera inhabilidad por su ninguna virtud y jurisdicción”*.

La lista de calificativos morales y teológicos con que atacan y descalifican al obispo patriota se va haciendo cada vez más agresiva a medida que van desmenuzando la proclama de Andreu. Apoyándose en san Pablo, lo muestran revestido con el carácter de falso apóstol que entra a predicar fraudulentamente a los Corintios, *“con engaños y de mala fe, haciendo su particular negocio y no la causa de Dios”*. De falso apóstol había solo un pequeño paso para incluirlo dentro de los *“ministros de Satanás, que imitan a su maestro el Diablo, que sabe transfigurarse en el ángel de luz, para engañar y perder incautos”*. Este *“monstruo”*, permitido por Dios *“para que los buenos tengan más que sentir y llorar”*, formaría parte de esos hombres de los *“tiempos peligrosos y llenos de calamidades”* que anuncia el mismo san Pablo. La lista de calificativos para estos hombres incluye: perversos, avaros, soberbios, infieles, sin templanza, lujuriosos, inhumanos, enemigos de los buenos...

*“Tales son, señor ilustrísimo, los hombres que anuncia san Pablo, y si se miran los horriblos estragos que los Carrera con sus satélites y tropas han hecho en esta provincia, las torpezas, las ruinas de las familias, los incendios de las casas, los saqueos de los muebles y haciendas y el despojo de los templos; si se escuchan las blasfemias que han vomitado contra la religión, contra la Iglesia, contra los santos y contra el santo de los santos de la Eucaristía; si se observa finalmente la irreverencia con que asisten en el templo, la enormidad con que tratan a los más respetables ministros del santuario y su impiedad con las sagradas imágenes, truncándolas y arrastrándolas por los suelos, deberemos decir que **los patriotas son los anunciados por el apóstol [...]**”.*

El obispo Andreu, por lo tanto sería “*partícipe de su iniquidad*”, “*cómplice en sus enormes pecados*”. La comunidad franciscana de Chillán pregunta escandalizada:

“¿Cómo es posible que V. S. persuada a estas buenas gentes, la obligación de recibir como venido del cielo, el parto infernal que ha vomitado el abismo, con el nombre de Sistema de la Independencia? ¿Cómo pretende que estas almas cristianas se unan a unos insurgentes libertinos, impíos y sin religión? San Pablo, san Juan, el Evangelio y el mismo Dios en la ley antigua, mandan, como hemos visto, que huyan de ellos y de su trato y familiaridad; que no los admitan en sus casas, ni siquiera los saluden”.

De hecho, sería la cercanía que tenía el obispo con “*esos hombres de pecado*” la que habría corrompido su corazón y llenado de “*malignidad*” su pecho. La gravedad de su proclama “*pecaminosa*” era mayor “*y digna también de las llamas, por la mala doctrina, errores crasos y falsedades notorias con que pretende sorprender y seducir a los pobres ignorantes*”.

Es interesante constatar que los franciscanos juegan aquí con los mismos argumentos que utilizó anteriormente el propio Andreu para descalificarlos y desprestigiarlos entre la feligresía:

“Ha llegado a mí noticia que los enemigos de nuestra paz, envidiosos de la fortuna que os prepara y dispone el sistema del reino y causa de toda la América, os han hecho creer que dicha causa es contra la religión santa, valiéndose para ello de algunos sacerdotes miserables que, abandonando los más sagrados fundamentos del Evangelio, se valen del nombre de dicha religión santa, para despreciarla y abatirla y hacerla odiosa, con solo el malvado fin de engañar y sorprender vuestra inocencia para lograr sus fines particulares a costa de vuestra sangre [...]”. El obispo terminaba acusándolos de “*verdaderos leones vestidos con cueros de corderos*”⁷³.

LA RESTAURACIÓN: ALEGRÍAS Y ESPERANZAS

El antagonismo de los bandos, incluso en el plano eclesiástico, había llegado a posiciones teológicas y morales tan dicotómicas que la derrota de uno de ellos necesariamente traería la confirmación de que la gracia divina estaba con los victoriosos. Así sucedió, de hecho, tras el triunfo de octubre de 1814. Como hemos visto, el regocijo de los franciscanos de Chillán fue explosivo, llenando los aires con campanadas y glorias al Altísimo. Por su parte, el prefecto de misiones, fray Pablo Serrano, escribía desde Santiago al viceprefecto Rocamora:

⁷³ Fragmento del texto de Andreu recogido en la “Contestación...” de los franciscanos, *passim*.

“[...] bendita sea su misericordia, pues casi no creímos lo que nos pasa, tal es el gusto que ocupa en nuestros corazones que no es posible explicarlo con lo acaecido el día 1 y 2 del presente en la completa victoria para las armas del rey en la villa de Rancagua. En estos memorables días se acabaron las angustias, aflicciones y opresiones que tenía un sinnúmero de almas casi en continua agonía”⁷⁴.

Dicha euforia se vio incrementada porque en esos mismos días se tenía conocimiento del regreso de Fernando VII al trono hispano.

Rocamora procede de inmediato a elaborar una circular dirigida a todos los asentamientos misionales, donde, junto con informar el triunfo de Osorio, repite las palabras de Serrano respecto al término del calvario que habían estado sufriendo hasta ese momento. Además, agradece a Dios la restauración de la soberanía real y se encarga de anotar las últimas manifestaciones del carácter negativo de los patriotas, confirmado por los destrozos, saqueos, muertes y sacrilegio de iglesias cometidos por los derrotados en su huida⁷⁵.

La coincidencia del triunfo sobre los insurgentes y el restablecimiento en el trono de Fernando VII, así como las noticias que llegaban de otras partes de América sobre sucesivos triunfos de las armas hispanas, auguraban una coyuntura de restablecimiento del orden tradicional y el comienzo de una era de regeneración moral del reino que llenaba de exitismo a los franciscanos del sur de Chile.

En vista de ello, decidieron organizar una gran fiesta de acción de gracias que diera cuenta del nuevo espíritu que se vivía. Cuatro niños debían declamar loas alusivas a la coyuntura en el curso de la procesión, tres de ellos vestidos de ángeles y uno de militar. El pórtico de la iglesia se cubrió de palmas y en el centro del arco principal un gran cartel vitoreaba las glorias del monarca y de las tropas del reino. Se colgaron banderas desde su torre y se instalaron numerosos árboles en su plazoleta y calles inmediatas. En fin, a comienzos de noviembre estaba todo dispuesto, y la liturgia dio comienzo con campanadas, fuegos artificiales y disparos de artillería. Como toda fiesta heredera del Barroco, por la noche se iluminaron las casas de la ciudad y el ambiente se inundó con marchas de tambores militares, nuevos disparos de artillería y abundante pirotecnia. Al día siguiente se cantó el solemne *Te Deum* y por la tarde se efectuó la procesión por las calles de la ciudad, en la que participó un “inmenso concurso de gente de la ciudad y su partido”⁷⁶.

⁷⁴ Carta de 11 de octubre de 1814, cit. en Fernando Arriagada Cortés, *Los franciscanos de Chillán ante el proceso emancipador*, Santiago, Publicaciones del Archivo Franciscano, 24, 1992, 15.

⁷⁵ Circular emitida en Valdivia, de 14 de noviembre de 1814, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 16. Al año siguiente, el flamante guardián fray Juan Ramón relataba el incendio del Colegio, “que devoró todas las habitaciones y claustros causado por los insurgentes, después de haber saqueado y robado la librería entera, las celdas, la iglesia y sacristía”: Martínez, *Memoria histórica...*, II, 323-324.

⁷⁶ Fray Juan Ramón, “Relación...”, 49-50. En el pórtico de la iglesia franciscana, por su parte, se colocaron en forma permanente restos de cañones enemigos, “para testimonio y memoria de que esta casa fue el muro donde se estrelló la soberbia de los rebeldes”.

Durante el período que duró la restauración monárquica, el guardián Juan Ramón y el viceprefecto Rocamora idearon un plan para repoblar el Colegio de Propaganda, solicitando el envío de misioneros desde España y contando para ello con el apoyo del obispo Villodres de Concepción⁷⁷.

El monarca aprobó la solicitud en septiembre de 1818, cuando ya el Colegio había sido abandonado y la soberanía real en Chile se había diluido. En su decreto no solo concedía el financiamiento para un nuevo contingente de misioneros sino que colocaba al Colegio bajo su protección especial, asignándole el título de “convento real”, como forma de distinguirlo “*de un modo que acredite constantemente su fidelidad y adhesión a la justa causa de la Nación y los importantes servicios que hizo durante la insurrección de Chile*”. Como tal, habría podido colocar sobre sus puertas el escudo de armas de la monarquía, “*para que se perpetúe así la memoria de sus señalados servicios y quede a la posteridad un modelo de lealtad digna de imitación*”⁷⁸.

LA DERROTA: PÁNICO Y ÉXODO

Febrero de 1817 marca el retorno definitivo y victorioso de los “diabólicos” insurgentes. Luego de Chacabuco, soldados, familias y sacerdotes monarquistas de la capital escaparon a Valparaíso con el fin de embarcarse hacia Lima. Entre ellos se contaban el provincial y trece religiosos franciscanos de la Provincia, además del prefecto de misiones, Pablo Serrano, que se encontraba en Santiago por razones de salud⁷⁹. El propio gobernador Osorio escapó gracias a su capellán, el franciscano Melchor Martínez, que conocía la zona y logró llegar a la hacienda Bucalemu desde donde, con caballos frescos, pudo llegar a Talcahuano y embarcarse para el Perú⁸⁰.

La noticia de la derrota de Chacabuco llegó a Chillán rápidamente y los veintidós franciscanos del Colegio, encabezados por Juan Ramón, escaparon a Talcahuano al día siguiente de conocer el desastre, en la perspectiva de conseguir un navío que los condujese al Callao. El abandono precipitado estuvo alimentado por la amenaza, bastante real, de eventuales venganzas por parte de los patriotas locales, resentidos por la ayuda que habían brindado al ejército monarquista y por el revanchismo experimentado sobre los vencidos de 1814. De hecho, el edificio fue incendiado y la iglesia saqueada al regreso de las tropas patriotas que habían sitiado el puerto aún

⁷⁷ Informe cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 489.

⁷⁸ Decreto real de 3 de septiembre de 1818, cit. en *Ibid.*, 491.

⁷⁹ *Ibid.*, 502.

⁸⁰ *Ibid.*, 512. La fidelidad monarquista de Martínez, que durante dos décadas se había desempeñado como misionero del Colegio de Propaganda en el sur, fue aprovechada por el mismo Osorio ya desde el triunfo de Rancagua, tres años antes, comisionándolo para escribir unas memorias históricas sobre los sucesos revolucionarios de Chile, cumpliendo con una cédula real emitida en este sentido por el ministro de Indias. Martínez participaría activamente durante el período de la restauración, lo que le atrajo la persecución del gobierno republicano y su posterior destierro, dejando su obra incompleta: Martínez, *Memoria histórica...*, *passim*.

realista de Talcahuano⁸¹. Los edificios que el fuego no alcanzó a destruir sirvieron posteriormente de prisión y cuartel general del ejército patriota⁸², reproduciendo así la misma fórmula ocupada anteriormente por los monarquistas. De hecho, hay que señalar que el edificio del Colegio de Propaganda había servido de prisión para muchos de los filopatriotas capturados en la zona después de Rancagua.

LA HERENCIA ANTIPATRIOTA Y EL CONTRAATAQUE PERSUASIVO

La influencia sólida, hegemónica y permanente que habían ejercido en la zona los franciscanos la experimentó personalmente Bernardo O'Higgins, en su viaje al sur posterior a Chacabuco. El caudillo se manifestó atónito al encontrar en Chillán una sociedad mayoritariamente monarquista y antipatriota, en relación a lo que había percibido en el resto del país. No le cupo duda de que ello se debía a la propaganda de los franciscanos, procediendo a calificarlos con fuertes denuncias. Desde la misma Chillán, establecida como su cuartel general –al igual que había hecho su enemigo realista–, expide un decreto que expresa claramente su indignación frente a la efectividad y profundidad con que la estrategia persuasiva de los franciscanos había calado en la sociedad local:

*“Los frailes españoles que engordaba el Colegio de Chillán han dirigido exclusivamente la opinión de estos pueblos. Su doctrina mortífera fue oída con sumisión y deferencia; son raros los hombres que en este partido y sus comarcas hayan tenido la audacia suficiente para no ceder a la superchería de aquellos impostores”*⁸³.

Frente a este panorama, O'Higgins está consciente de que el contraataque, destinado a extirpar el encono contra la patria y reconfigurar la fidelidad política en función del nuevo sistema, debía canalizarse a través de una estrategia similar:

*“Pues, atáquese este mal por los mismos principios. Mande V. S. que inmediatamente vengan seis u ocho frailes franciscos, patriotas a toda prueba, a poseer este convento, con especialísimo encargo de que en el púlpito, el confesionario y cuantas ocasiones se presenten enseñen al pueblo el patriotismo”*⁸⁴.

⁸¹ Carta de fray Domingo González al síndico del Colegio, marzo de 1834, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 20. En el discurso de los vencedores aparecen los mismos monarquistas como los ejecutores de estos atentados. Así lo recoge un oficio enviado por el gobierno central al intendente de Concepción, donde dejaba constancia de *“la impía ferocidad del español [que] en su fuga demolió todos los edificios de ese magnífico convento. La iglesia quedó despojada de todas sus alhajas, custodia, vasos sagrados, ornamentos, las imágenes desnudas sin cabezas ni manos. Todo lo demás del edificio, incluso el colegio que llamaban de los indios fue entregado a las llamas”*: oficio de 19 de mayo de 1819, A.O., XII, 221-222.

⁸² Casanova, “Presencia franciscana...”, 171.

⁸³ Decreto enviado al director delegado, 3 de mayo de 1817, A.O., XVIII, 243.

⁸⁴ *Ibidem*.

O'Higgins demostraba plena conciencia de que el triunfo militar no tenía validez en el largo plazo si no iba acompañado de una intensa actividad persuasiva que lograra calar en las conciencias y convencer a los habitantes de las bondades del nuevo sistema en contraposición a las maldades del antiguo. En otras palabras, luchar con armas discursivas, en un registro de carácter moralista y con “soldados” espirituales similares a los franciscanos monarquistas que habían logrado una amplia adhesión a su causa.

Más explícito se muestra su ministro, José Ignacio Zenteno, quien, paralelamente a la emisión del decreto anterior, redactaba una circular dirigida a los curas y prelados de todos los conventos de Chillán:

“Es inconcebible el extravío que se observa en la opinión de estos habitantes; pero, no es admirable si la han formado hombres que, llevando por su ministerio el consentimiento de las gentes a lo más íntimo del corazón, les persuadían que el amor a la patria, independencia y libertad nacional que defendemos, contrariaban el dogma santo de nuestra religión. La perdonable inocencia de los pueblos escuchó como palabras evangélicas la inicua seducción de los impíos recoletos de propaganda, que ponían en juego lo más sagrado para alucinar a los incautos”⁸⁵.

Zenteno descalifica la propuesta político-religiosa de los franciscanos apelando a la misma satanización con la que estos habían descalificado en su momento la proclama del obispo Andreu. Su crítica, que libera de responsabilidad a los feligreses, amparados, nuevamente, en el estigma de una supuesta ingenuidad estructural, propia de su condición rural, apunta en dos direcciones. Primero, el error plenamente consciente en que habrían incurrido los franciscanos al presentar a la ideología independentista como enemiga de la religión. Segundo, el contexto perverso en el que se habría transmitido dicho error, revistiéndolo con ropaje teológico, marcándolo con estigmas moralizantes –en un plan de lucha del bien (monarquista) contra el mal (patriota)– y utilizando las capacidades oratorias destinadas a transmitir el evangelio.

Zenteno, por supuesto, no considera el hecho de que la manipulación que denuncia formaba parte de las estrategias persuasivas normales desplegadas durante la Colonia, por lo que los religiosos solo habrían tomado una posición de defensa de sus principios políticos –en un contexto de íntima relación entre Iglesia y Monarquía– en que, obviamente, según el maniqueísmo imperante, el mal y los agentes encubiertos de Satán estaban en el otro bando. Agentes que podían ser también sacerdotes, hasta de su propia orden e, incluso, un obispo, como hemos visto en el caso de Andreu.

Otra aparente contradicción de esta silenciosa “guerra de religión”, es la evidente y amplia utilización que realiza el bando insurgente de las mismas herramientas y argumentos que criticaba en el bando contrario. En efecto, como ya lo

⁸⁵ Circular de 2 de mayo de 1817, A.O., XVIII, 243-244.

hemos visto en la proclama de Andreu y en el decreto de O'Higgins, el clero patriota tendrá un peso activo y esencial en la "conversión" –utilizamos expresamente este concepto en su significación religiosa– de las creencias políticas de los ex súbditos y en la alimentación de un nuevo mapa de fidelidades y legitimaciones políticas. La circular de Zenteno es, en este sentido, más específica y doctrinaria que el decreto de O'Higgins:

*"Pues ya que los ministros del Eterno han diseminado con su influjo tan perjudiciales errores, destrúyanse por los mismos principios, y los sacerdotes que se precian de conocer los deberes de la religión y de la patria y el íntimo enlace que hay entre ambas, prediquen estas verdades, empeñándose por cuantos medios son a sus alcances en sacar al pueblo del erróneo concepto a que lo abandonó la doctrina mortífera de los españoles franciscanos"*⁸⁶.

La satanización del monarquismo franciscano implicaba una inversión del eje del mal, desplazando maniqueamente el universo del bien hacia el sector triunfante en la guerra. El "íntimo enlace" que durante la Colonia existía entre la religión y el rey, ahora debía darse entre la religión y la patria... y los sacerdotes debían predicarlo como "verdad" evangélica.

Además, la circular, con un tono sutilmente amenazante, ampliaba el radio del clero comprometido, involucrando a todos los religiosos de la región en esta cruzada e incluyendo todas sus actuaciones públicas y privadas, con especial acento en el uso de la oratoria sagrada:

*"Persuadido el Excmo. señor director supremo que no hay otro arbitrio que repare este mal, ha decretado que todo sacerdote de ambos cleros, indistintamente, en el púlpito, en el confesionario, en conversaciones familiares y en cuantos actos se presente, instruyan a los hombres en sus derechos, prediquen la obligación de amar a la patria y repeler con la fuerza a los que intentan esclavizarla, disponiendo S. E. con especialidad que no haya un sermón, sea de cualquiera clase o asunto, en que expresamente no se hable a favor de nuestro actual sistema político"*⁸⁷.

O'Higgins, en todo caso, mantenía un interés especial en el Colegio de Chillán. A los pocos días de emitir su decreto citado anteriormente, recibía respuesta de Hilarión de la Quintana, donde este le informaba haber ordenado al provincial de San Francisco que eligiese seis u ocho de los frailes "más idóneos a dirigir la opinión sana del público", destinados a "la subrogación de frailes patriotas en el convento que ocupaban los godos empecinados de Chillán"⁸⁸.

La estrategia de contraataque persuasivo asignada al clero de la zona penquista recibió un nuevo impulso luego de la consolidación definitiva de la independencia

⁸⁶ *Ibidem.*

⁸⁷ *Ibidem.*

⁸⁸ Comunicación de 12 de mayo de 1817, A.O., XVIII, 244.

en la zona central del país y la flagrante contradicción que, ante este panorama, presentaba la resistencia guerrillera y los enclaves monarquistas de Valdivia y Chiloé. A comienzos de 1819, el mismo día en que, “*siendo de sumo interés a la causa pública*”, O’Higgins retomaba este asunto, solicitando al provincial seráfico le informase sobre los medios que le pareciesen adecuados para restablecer el Colegio de Chillán –si bien ahora pensado como un convento de recolección– el gobernante dictaba un decreto específico para los conventos de la provincia de Concepción que se encontrasen con un número insuficiente de religiosos en sus claustros. Allí encargaba a los provinciales de todas las órdenes que se nombrasen prontamente los prelados y conventuales que faltaban,

“[...] con conocimiento de que allá son mucho más necesarios que en lo restante del Estado, prefiriendo a los virtuosos, hábiles y patriotas decididos. Les impondrá la obligación de predicar en cada convento a lo menos dos pláticas semanales en que después de instruir a los pueblos en puntos de la doctrina cristiana, les manifestarán la justicia del sistema liberal, y la obligación de todo ciudadano a cooperar a la felicidad de la patria, por medio de la unión y del respeto a las autoridades constituidas”⁸⁹.

Cumpliendo el cometido del director supremo, al año siguiente llegaron franciscanos de Santiago a hacerse cargo del abandonado y semidestruido establecimiento de Chillán. No obstante y como consecuencia del decreto de septiembre de 1824, que ordenaba que todo convento de menos de ocho religioso debía entregarse a la administración del obispado correspondiente, el Colegio de Chillán fue nuevamente abandonado; sobre todo, en la medida en que el obispado de Concepción se encontraba en sede vacante, lo que redundaría en una tutoría, lejana y formal, por parte del convento de Santiago⁹⁰. Esta situación será superada recién en 1830, cuando el gobierno nombre a un nuevo presidente para el establecimiento: el antiguo y acendrado monarquista fray Domingo González.

LA MILITANCIA PERSISTENTE: ARAUCANÍA FRANCISCANA Y MONTONERAS REALISTAS

La semilla monarquista inculcada durante la labor pastoral de los franciscanos en la región de Chillán se había convertido en madera difícil de roer para el flamante gobierno republicano. Pero esta situación era mucho más marcada al sur de la tradicional frontera chilena del río Biobío, donde los misioneros seráficos habían tenido el monopolio de la cristianización de los indígenas desde la expulsión de los jesuitas, en 1767. En vísperas de la revolución existía una treintena de

⁸⁹ Ambos decretos fueron expedidos en 15 de febrero de 1819, A.O., XII, 77-78. Se indicaba también que, luego de efectuar los nombramientos respectivos, los provinciales debían remitir al gobierno una lista completa de los religiosos que nombrasen para cada convento.

⁹⁰ Arriagada, *Los franciscanos...*, 21.

franciscanos de Propaganda repartidos en quince establecimientos misioneros, entre las cuales destacaban las ubicadas en territorio pehuenche⁹¹.

Su larga y permanente labor apostólica fue fundamental a la hora de definir las intenciones políticas de los indígenas y de los hispanocriollos que allí habitaban. De hecho, mucho antes de que comenzaran los primeros vientos que presagiaban la tempestad independentista, el entonces prefecto de misiones Francisco Xavier de Alday dejaba explícita la intencionalidad política que los frailes aplicaban a su acción pastoral:

*“El ejercicio y solicitud de los misioneros no se limita a sola la instrucción y administración de sacramentos a los indios cristianos que expresa este estado, a la reducción de los gentiles y a mantenerlos en paz y en la **debida subordinación a los ministros de nuestro soberano**: se extiende también a beneficio de los españoles residentes en el distrito de las misiones”*⁹².

A esta labor atribuye más tarde fray Juan Ramón el que *“en todos los puntos que ocupan los misioneros tuvo poca fuerza la insurrección”*. Así, en Chiloé —cuyas misiones dependían del Colegio de Ocopa, en el Perú— la acción de los franciscanos habría contribuido a acrecentar el valor de las tropas que combatieron luego en el continente. En Valdivia *“no contribuyó menos la prudencia y sagacidad activa de los Misioneros para que, con una contrarrevolución, se disipara luego la Junta”*; mientras que en Arauco y Santa Bárbara la insurgencia demostró ser efímera⁹³.

Según otro franciscano, misionero en la zona por más de veinte años, la presencia seráfica fue fundamental para mantener la fidelidad mapuche y pehuenche a partir del quiebre bélico de 1813, *“conservando de este modo la adhesión de aquellos naturales a la justa causa del rey, y separándolos de la cooperación al*

⁹¹ Las misiones eran: Valdivia, Mariquina, Arique, Niebla, Nanihue, Quinchilca, Riobueno, Dhipulli, Cudico, Quilacahuin, Cuyunco, Costa, Arauco, Tucapel y Santa Bárbara. Cada una de ellas contaba con dos o tres religiosos, siendo todas misiones, excepto Santa Bárbara, destinada a hospicio de los establecimientos destinados a los pehuenches. En Valdivia se encontraba el prefecto de todas ellas.

⁹² *“En los que están dentro de poblado [–continuaba el informe–], o en sus inmediaciones, llevan casi todo el peso del confesionario y asistencia de enfermos y moribundos. En Riobueno y Quinchilca, a más de algunos españoles cimentados en sus distritos, administran el pasto espiritual a la tropa de sus respectivos fuertes: y los de tierra adentro a cerca de 800 personas españolas establecidas en sus distritos, ejerciendo con ellas todos los ministerios parroquiales, tanto en vida como en muerte, por la distancia de los párrocos [...]”*: “Estado general de las misiones del Colegio de Propaganda Fide [...]” (1807), en Lagos, *Historia de las misiones...*, 429-431 (el destacado es nuestro). En otro “Estado general de las misiones [...]”, de 1815, elaborado por el guardián Juan Ramón, se señalaba en nota al margen: *“Con motivo de haber abandonado su curato el cura de la plaza de Valdivia D. Isidro Pineda y los capellanes sus capellanías del hospital y los castillos por seguir la insurrección del año de 1812 y haber venido después en el año siguiente de 13 el único que quedaba realista D. José María de Lorca a esta provincia de Concepción en calidad de capellán del batallón de dicha plaza, quedó toda aquella jurisdicción sin clérigo alguno que cuidara a su feligresía; y así fue preciso que los misioneros corrieran con el cargo de administrarla el pasto espiritual [...]”*: Lagos, *op. cit.*, 496-497.

⁹³ Ramón, “Relación...”, 40.

sistema revolucionario [...]. Tanto así que, “*si los indios se decidieran por el partido insurgente, fuera irremediable la pérdida total de Chile*”⁹⁴.

La principal etnia con la que habían trabajado apostólicamente los franciscanos era la pehuenche. De hecho, la misión-hospicio de Santa Bárbara contaba con uno de los más militantes frailes monarquistas en la persona de fray Gil Calvo. Por ello no parece extraño ver a estos indígenas como los principales e incondicionales aliados de las montoneras que tuvieron mayor persistencia y solidez en la contrarrevolución organizada luego de la derrota de las tropas regulares; aquellas que, dirigidas por Antonio Bocardo, los hermanos Pincheira y José María Zapata, atacaban desde la cordillera de Chillán hasta la costa de Arauco, logrando mantener bajo su control toda la faja montañosa desde el río Maule al sur⁹⁵.

La actividad de los religiosos sin duda ayudó a que una parte considerable de los habitantes de esas regiones participase activamente en la violenta y generalizada guerra de guerrillas que se desencadenó por esos años contra la patria⁹⁶. De hecho, la “guerra a muerte” de las diversas montoneras que invocaban la causa del rey, desde Vicente Benavides –en los llanos mapuches– hasta los bandidos Pincheira –en la precordillera pehuenche–, se extendió hasta bien entrada la República, cuando Manuel Bulnes logra aniquilar las últimas bandas en 1832.

Satanizando al enemigo, alimentando la incertidumbre frente a los nefastos cambios que se producirían en caso de triunfar la Independencia y valorando, en contraste, la bendición divina con la que contarían los fieles realistas, los frailes de Propaganda ayudaron a sostener la larga y dramática resistencia, arrastrando a numerosas parcialidades indígenas⁹⁷. Se logró, entonces, una combinación funcional entre la fidelidad monárquica previamente inculcada por décadas de cristianización y la actuación posterior de los frailes que se quedaron circulando en la zona.

En efecto, los restos del ejército realista que en 1817 se atrincheraron en el puerto de Talcahuano y luego en Valdivia, para terminar en un último reducto de la isla de Chiloé –capitulando definitivamente en 1826– mantuvieron el aliento espiritual que desde 1813 venían brindando los franciscanos de Propaganda, fieles a su opción política. En este sentido, la huida precipitada de los religiosos del Colegio de Chillán a comienzos de 1817 y, posteriormente, el éxodo de buena parte de ellos

⁹⁴ Martínez, *Memoria histórica...*, II, 112-113.

⁹⁵ Sergio Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica, 1989, 235. Los pehuenches comenzaron por dar asilo a las fuerzas de Sánchez en el antiguo fuerte de Tucapel que se levantaba en el paso de Antuco, tradicional vía utilizada por los naturales cuando bajaban al valle central chileno: Benjamín Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972, 113.

⁹⁶ Una síntesis de este proceso se encuentra en Jorge Pinto Rodríguez, *El Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, Santiago, DIBAM, Centro Barros Arana, 2003, 69-78. Véase también el clásico libro de Diego Barros Arana, *Estudios históricos sobre Vicente Benavides i las campañas del sur, 1812-1822*, Santiago, Imprenta de Julio Belin i Compañía, 1850. Para una visión contrapuesta, respecto de las consecuencias de la resistencia realista en la zona penquista, véase el trabajo de Leonardo León, “La otra guerra de la Independencia en Chile: el éxodo patriota de Penco, 1817-1818”, en Julio Retamal Ávila (coord.), *Estudios coloniales III*, Santiago, Universidad Andrés Bello, 2004.

⁹⁷ Véase el análisis que hace al respecto Tomás Guevara, en su obra *Los araucanos en la revolución de la Independencia*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911.

a la capital virreinal, no significó la extinción de su presencia ni menos de su herencia ideológica en la zona. De hecho, parte de la comunidad optó por quedarse en Chile y tres de ellos fueron designados como capellanes de los soldados. Otros tres hermanos legos –“*prácticos del país*”– se asignaron al ejército “*para servir en lo que ocurriese*”⁹⁸.

Lejos de la costa, en las tierras del interior y en la precordillera pehuenche, se mantenían intactos los enclaves misioneros y la labor realizada allí por los seráficos. Esto motivó a los franciscanos que no habían partido a Lima a internarse en la Araucanía y participar activamente en la resistencia contrarrevolucionaria, en forma similar a como habían actuado durante la guerra por la restauración. Junto a otros sacerdotes seculares de la región, los religiosos comenzaron a servir de emisarios, de secretarios para redactar las proclamas de los caudillos, de misioneros “*para seducir a los indios*”, o de confesores para los prisioneros ejecutados y para sus propios soldados. “*En casos necesarios* [–anota Vicuña Mackenna–] *sabían también ponerse al frente de las líneas y arengarlas, presentándoles crucifijos y otras imágenes*”⁹⁹.

Entre los muchos ejemplos individuales de este comportamiento político-religioso, queremos destacar dos de ellos que nos parecen significativos. El primero corresponde a fray Salvador Rasela, misionero en Nanihue y activo montonero de la guerrilla que organizó en 1820 un grupo de habitantes de Valdivia. Rasela fue un actor clave en la tarea de persuadir a los indígenas que habitaban en las cercanías del río Cruces, donde se instalaron, llegando a obtener la colaboración del cacique de Pitrufluén. El ejército patriota estaba consciente del papel que jugaba Rasela en este conflicto, llegando a considerarlo como el principal inspirador de las acciones de la montonera. De ahí que llegase a organizar una expedición nocturna destinada exclusivamente a su captura¹⁰⁰.

El otro caso es el del misionero de Santa Bárbara y amigo de infancia de Bernardo O’Higgins, fray Gil Calvo, transformado en acompañante espiritual y agente diplomático de la guerrilla comandada por Vicente Bocardo, lugarteniente de Benavides y uno de los más importantes caudillos de la resistencia monarquista en el sur. A comienzos de 1822, en Quilapalo, a orillas del río Biobío, Bocardo se rendía ante las fuerzas patriotas comandadas por Clemente Lantaño, un antiguo realista, comandante de las milicias de Chillán, que había desertado a las filas patriotas. En la capitulación lo acompañaban cerca de 4.000 personas que componían su extenuado “campamento”, la mayoría de los cuales eran civiles que habían permanecido fieles a su rey¹⁰¹. Entre estos, se contaba el propio cacique de Quila-

⁹⁸ Cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 505.

⁹⁹ Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, 64.

¹⁰⁰ *Ibid.*, 643-647. Un testigo, de la misma comunidad de Propaganda Fide de Chillán, relata que Rasela fue conducido a Santiago “*con una carreta de grillos, que solo se los quitaron el día que, por estar gravemente enfermo, lo llevaron al hospital de San Juan de Dios, donde el mismo día murió. De la cárcel al hospital, y de aquí a la sepultura, todo fue en un día*”: fray Domingo González, “Algunos sucesos acaecidos a los misioneros de Chillán después de la migración”, *Anuario de historia de la Iglesia en Chile*, Santiago, 14, 1996, 119-122

¹⁰¹ Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, 674.

palo, Colimán, y seis sacerdotes, donde destacaba la figura de Calvo, quien actuó como intermediario en dicha rendición¹⁰².

En una carta que escribió a Lantaño, poco antes de que se acordara la capitulación, el sacerdote mantiene a firme su fidelidad política, alabando la acción de las montoneras como la verdadera encarnación de “*nuestro gobierno*”, siendo sus jefes “*los sabios y diestros pilotos que dirigen nuestra nacional nave en este reino*”¹⁰³. Al finalizar su misiva, Calvo define su papel en ese momento del conflicto. Allí acusa la fatiga previa a la claudicación, pues, subrayando su carácter de mediador de la divinidad, elimina de sus palabras la carga belicista de años anteriores y apunta más bien a la senda fatal de la paz independentista:

*“Mientras nuestra contienda está pendiente yo no haré más que ser un mediador entre el cielo y la tierra para que calme el rigor de la divina justicia y se aplaque la ira del dios de las venganzas, franqueándonos el sosiego y reposo, según su beneplácito”*¹⁰⁴.

Resulta interesante observar el contrapunto que, a los casos de Rasela y de Calvo, presentan los frailes Inalicán y Millapichún, de origen mapuche. Las paradojas, en este sentido, son múltiples. Ambos indígenas se habían formado en el Colegio de Naturales que los franciscanos de Propaganda sostenían en Chillán, en el contexto del plan de atracción, cristianización y “civilización” de hijos de caciques¹⁰⁵. Ambos, por lo tanto, fueron formados en una orientación ideológica de gran fidelidad a la monarquía y a las autoridades coloniales chilenas; orientación que funcionaba como un mecanismo persuasivo complementario a las acciones diplomáticas desplegadas por los gobernadores borbónicos en la Araucanía. Ambos indígenas, finalmente, tendrían el privilegio de ser parte de los escasos “chilenos” que accedieron al sacramento del sacerdocio, en una comunidad religiosa donde tradicionalmente predominaban los peninsulares.

No obstante, en la coyuntura de la Independencia Inalicán y Millapichún optarían por un camino diametralmente opuesto al de sus mentores. El caso del primero es el más temprano y radical pues en 1816, mientras se desempeñaba como un activo agente cristianizador en la zona de Mendoza, siendo maestro de gramática en la ciudad y capellán del fuerte establecido en territorio pechuenche, Inalicán colaboró abiertamente con el ejército insurgente de San Martín, cuando este se

¹⁰² Lantaño y Calvo hablaron la víspera de la rendición, teniendo el río Biobío de por medio. El franciscano le señaló que su propósito no era otro que el de proteger la salida de las personas y por eso habría acordado la entrevista. Lantaño, por su parte, le solicitó que convenciera los habitantes para que no huyeran, pues no venía a atacarlos sino solo a pacificar la región. Fray Gil finalmente logró persuadir a esta fragilizada muchedumbre que terminó por rendirse junto a Bocado: “Conversaciones con el coronel Clemente Lantaño”, en Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile, 1808-1826*, Santiago, Andrés Bello, 1965, 75-76.

¹⁰³ Carta de 12 de enero de 1822, cit. en Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, 851.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 852.

¹⁰⁵ Al respecto, véase Karin Pereira Contardo, *El Real Colegio de Naturales*, Santiago, Publicaciones del Archivo Franciscano, 2002.

hallaba dispuesto a atravesar los Andes. El militar argentino consideraba indispensable contar con la amistad y el silencio discreto de los pehuenches para que la sorpresa de la invasión tuviese pleno éxito. San Martín los convocó ofreciéndoles regalos y bebida, preocupándose especialmente de la puntual asistencia del capellán Inalicán. El fraile, colocado en el lugar más visible, les habló largamente en su lengua, persuadiéndolos a que confiaran en la empresa patriota y en sus dirigentes, cuyo éxito solo les traería beneficios, y a que desconfiaran de los españoles, que eran unos extranjeros “*cuyas miras e intenciones no se dirijan sino a despojarlos de sus pastos, robarles sus ganados y quitarles sus mujeres e hijos*”¹⁰⁶.

El padre Millapichún, por su parte, si bien no tuvo una participación tan destacada en el proceso independentista, manifestó un temprano distanciamiento de la comunidad de Chillán, al preferir incorporarse a la Provincia franciscana más que seguir los pasos de la congregación de Propaganda Fide. Esta actitud, que, como veremos más adelante, repugnaba profundamente a los misioneros del Colegio sureño, se traducirá en una participación decidida en el futuro gobierno republicano, que le encomendó hacerse cargo de la misión de Dallipulli, entre 1821 y 1826¹⁰⁷.

¿RENEGANDO DEL MONARCA? LOS AVATARES DE LA CONVERSIÓN REPUBLICANA

El desastre provocado en la comunidad de Propaganda por la consolidación de la Independencia chilena fue radical en más de un aspecto. En efecto, si bien la agudización de la resistencia guerrillera marcó un período de *statu quo* político en la zona, la suerte de los misioneros, tanto de los que se quedaron en Chile —al sur del Biobío— como de los que huyeron al Perú, los obligó a redefinir o acomodar drásticamente su posición.

En Lima, los frailes de Chillán intentaron mantener la independencia que les brindaban sus estatutos específicos en relación con la Orden. No obstante, estuvieron obligados a aceptar la hospitalidad del convento franciscano de esa ciudad, compartiendo con los frailes emigrados de la Provincia chilena. Fray Juan Ramón relataba que, luego de consumidos los recursos que habían traído desde Chile, “*nos fue indispensable venir a buscar la subsistencia en esta capital al abrigo de esta santa comunidad, que piadosa nos alojó en su convento con las convenientes proporciones para seguir la vida común y distribuciones de nuestro instituto*”¹⁰⁸.

No obstante estas bondadosas palabras, lo cierto es que la convivencia al interior del convento limeño no fue lo esperado, recibiendo una creciente hostilidad

¹⁰⁶ Rodríguez Ballesteros, “Revista de la guerra de la independencia”, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 475. Luego de la Independencia, Inalicán se acogió a la Provincia franciscana, falleciendo en 1825.

¹⁰⁷ Lagos, *Historia de las misiones...*, 475-476. Millapichún fallecería al año siguiente de dejar la misión.

¹⁰⁸ Carta del guardián fray Juan Ramón al ministro provincial de Lima, Juan Ponce, informándole haber solicitado licencia al virrey y al arzobispo de esa ciudad para pedir limosna con el fin de reconstruir su Colegio (Lima, 3 de abril de 1818), en Martínez, *Memoria histórica...*, II, 331.

por parte de los seráficos locales. De hecho, otro misionero chillanejo relataba cómo, luego del triunfo de las tropas chileno-argentinas, los propios franciscanos que los acogían se levantaron contra ellos:

*“[...] los mismos que por fraternidad y otros mil títulos debían ser los defensores y protectores de estos religiosos, fueron los primeros que a carga cerrada entablaron la persecución. De un golpe vomitaron todo el veneno que tenían concebido en su negro corazón [...]. Los primeros que levantaron la voz a la entrada del generalísimo San Martín, fueron los religiosos de aquel convento. Desde el provincial hasta el más ínfimo donado y pinche de cocina”*¹⁰⁹.

Los religiosos fueron sometidos a *“indignos tratamientos [...], ya con sarcasmos los más degradantes, ya con apodos los más insultantes, y con escarnios y contumelias las más negras e infames, ya en fin con acusaciones y vituperios los más denigrativos”*¹¹⁰.

Por otra parte, las cartas y otros testimonios de este exilio expresaban el recuerdo permanente del Colegio y el convencimiento que tenían los misioneros, refugiados en la esperanza de restaurar un mundo perdido, de que su situación era transitoria. El retorno, sin embargo, no se produjo en los términos ni condiciones que se imaginaban. La hostilidad y delación protagonizada por los franciscanos del Perú se tradujo en hechos concretos desde que, en agosto de 1821, fueron privados de confesar y predicar. Luego, fueron puestos en el noviciado, incomunicados, con centinela permanente. A los pocos días se les expulsó del convento, previo registro y confiscación de todas sus pertenencias, y escoltados por soldados.

A comienzos de septiembre fueron embarcados rumbo a Talcahuano, donde quedaron reclusos en el cuartel de la ciudad. Un mes después la autoridad decidió trasladarlos a la capital, embarcándose con rumbo a Valparaíso. Su periplo carcelario continuó así en el convento franciscano de este puerto, donde quedaron incomunicados y privados de decir misa, confesar y predicar.

Algunas semanas más tarde su situación tendió a mejorar con la visita del provincial, quien arregló todo para que los misioneros pudiesen partir a Santiago y, luego, asignarles conventos donde pudiesen habitar con mayor comodidad¹¹¹. No obstante, la atomización física que entonces vivió la comunidad de Propaganda fue otro golpe asestado por la ya republicana Provincia franciscana al otrora galvanizado monarquismo de los misioneros. Así, Juan Ramón y Juan López fueron destinados al convento de Quillota; Francisco Xavier Alday a San Francisco del Monte; el prefecto de misiones Pablo Serrano y los frailes José Navásquez y Antonio Bancia-lla se quedaron en el convento de Santiago¹¹².

¹⁰⁹ Fray Domingo González, “Algunos sucesos...”, 134.

¹¹⁰ *Ibid.*, 135.

¹¹¹ *Ibid.*, 135-137.

¹¹² “Los padres de la Casa Grande [relata fray Domingo González–] todos se portaron con mucha caridad fraternal con los confinados en aquel convento, sin haber experimentado por modo alguno ni la menor palabra ni obra de que pudieran formar el menor sentimiento”: *Ibid.*, 137.

Ahora bien, si cambiamos el escenario y fijamos la atención sobre los frailes que en 1817 se encontraban en sus misiones y que no partieron a Lima con los del Colegio, podremos observar notorios procesos adaptativos a la nueva realidad republicana. Al interior de este grupo destacaba el viceprefecto de misiones Antonio Rocamora, que había sido estrecho colaborador de Pareja y entusiasta promovedor del compromiso político de su comunidad con la tarea restauradora de Osorio. También tomaron la opción de quedarse fray Gil Calvo, el ya mencionado fray Antonio Banciella y el antiguo misionero de Tucapel, fray José María Sepúlveda. Todos ellos comenzaron a sufrir los embates de la guerra luego de la capitulación de Talcahuano, las derrotas de la montonera monarquista de Vicente Benavides en 1819 y la caída de Valdivia, al año siguiente. La mayor parte de los misioneros abandonó entonces los asentamientos ligados a esta plaza y a Osorno, emigrando a Chiloé. Otros, en cambio, se mantuvieron en sus misiones, como Calvo en Santa Bárbara, hasta que la derrota de Nacimiento lo obligó, junto con otros muchos emigrados, a refugiarse entre los pehuenches, de quienes conocía el idioma y era muy estimado.

Recordemos que este misionero se había mantenido como un acérrimo monarquista, incentivando la participación pehuenche en la resistencia a la Patria y llegando a ser una figura destacada en la montonera dirigida por Vicente Bocardo, hasta su rendición en 1822. Lo cierto es que a partir de esta capitulación Calvo sufrió un avatar ideológico profundo y rápido, auspiciado por la entrañable amistad que mantenía desde su juventud con el ahora director supremo.

En efecto, Bernardo O'Higgins había sido alumno durante tres años –1788 a 1791– del Colegio de Naturales que habían creado los seráficos de Chillán, y que tenía abiertas sus puertas a hijos de familias de la élite local. O'Higgins encontró en los frailes un referente paterno y un ambiente acogedor, brindado, entre otros, por el joven franciscano Gil Calvo, con quien hizo entrañable amistad. A su regreso de Inglaterra, en 1802, el futuro militar se estableció en su hacienda próxima a Los Ángeles, en cuyas intermediaciones los franciscanos tenían la misión de Santa Bárbara, lo que permitió un contacto estrecho y frecuente con Gil Calvo, capellán de la casa. La relación se mantendría pese a la barrera ideológica que surgió entre ambos a raíz del movimiento independentista. De hecho, en pleno sitio de Chillán, en 1813, O'Higgins enviaba una carta a su madre donde incorporaba saludos afectuosos para Calvo¹¹³.

Pues bien, luego de Quilapalo, fray Gil fue trasladado a Santiago junto con el resto de prisioneros; pero O'Higgins no solo lo puso en libertad, sino que incluso lo llevó a vivir al palacio de gobierno¹¹⁴. El ex realista se reincorporó rápidamente a las tareas pastorales en la zona penquista, pero ahora sin hábito franciscano. Como flamante clérigo secular, Calvo recibió varios nombramientos como cura de almas en la frontera, ejerciendo al mismo tiempo como capellán de las monjas trinitarias de Concepción y promotor fiscal del obispado. Más tarde llegaría incluso a ser nombrado rector del republicano Instituto Nacional, establecido en el convento mercedario de la ciudad penquista, donde se desempeñó hasta comienzos de 1835¹¹⁵.

¹¹³ Eyzaguirre, "La actitud religiosa...", 9.

¹¹⁴ *Ibid.*, 33.

¹¹⁵ González, "Algunos sucesos...", 133; Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, 674.

Otro avatar singular fue el que protagonizó fray Antonio Banciella, quien había sido presidente del Colegio de Propaganda y, al momento de producirse el éxodo de 1817, se desempeñaba como misionero en Arauco. Recordemos que ya durante la expedición restauradora de Pareja este fraile se había destacado por su fidelidad política, siendo nombrado capellán de las fuerzas realistas y aportando sus conocimientos prácticos sobre la región y sus habitantes para el buen éxito de las operaciones tácticas del ejército.

Banciella no partió inmediatamente al Perú, sino que decidió quedarse en su misión. A fines de 1818, tras saberse en Concepción la derrota definitiva de Maipú, acompañó el éxodo de la población penquista hacia la otra banda del Biobío, iniciando un largo peregrinaje que lo llevaría hasta Valdivia, con el fin de reunirse con los otros franciscanos que estaban en aquellas misiones. Sin embargo, a poco de llegar se produjo la ocupación de dicha plaza por las fuerzas de Cochrane, en 1820, lo que obligó al fraile y a sus compañeros a partir a la isla de Chiloé. De ahí se embarcó a Lima, ciudad donde aparece como secretario del discretorio de su comunidad en la jura que esta hizo de la constitución de Cádiz. Luego de la caída de la capital virreinal, Banciella integró el grupo de frailes que “*en calidad de desterrados*”, fueron enviados a Chile¹¹⁶. El lugar que se le asignó para establecerse, como vimos, fue el convento de Santiago, donde el fraile no tuvo problemas de aclimatación ideológica, llegando incluso a abandonar su congregación e incorporarse a la Provincia en 1828¹¹⁷.

Antonio Rocamora, por su parte, es otro caso notable de conversión republicana. De hecho, fue capturado luego de la entrada patriota en Valdivia, en 1820, y remitido bajo custodia al convento de la capital; pero mantuvo su cargo de viceprefecto de misiones —que ejercía desde 1812— hasta la fecha de su muerte, en 1829¹¹⁸. Dicho título no solo fue refrendado por las nuevas autoridades chilenas, sino que estas lo consideraron un interlocutor plenamente válido en la restauración de la normalidad misional del sur. De hecho, las misiones de Chiloé, que pertenecían a la jurisdicción del Colegio peruano de Ocopa, fueron entregadas a la administración del viceprefecto Rocamora tan pronto cayó la isla en manos de las fuerzas republicanas.

El gran avatar adaptativo de Rocamora se cristalizó gracias a la conjunción del deseo de los misioneros por restaurar el Colegio de Propaganda y su actividad misional, y la toma de conciencia de los políticos chilenos sobre la necesidad de llenar el peligroso vacío de orden cristiano en que se encontraban los indígenas.

Así, luego de la rendición de Chiloé, en 1826, comenzaron a retornar a la zona de Valdivia algunos de sus antiguos misioneros, encabezados, justamente, por el viceprefecto Rocamora, y gracias a las gestiones del gobernador patriota de esta plaza militar. De hecho, la misma autoridad valdiviana informaba al poco tiempo que también habían regresado a sus misiones frailes abiertamente conservadores, como José Martín Gil, Juan Guridi y Martín Fernández, “*que a consecuencia de*

¹¹⁶ González, “Algunos sucesos...”, 132 y 134.

¹¹⁷ *Ibid.*, 138; Lagos, *Historia de las misiones...*, 515.

¹¹⁸ Lagos, *Historia de las misiones...*, 582.

superior orden tuvieron prevención del gobernador de Chiloé para conducirse a sus antiguos destinos"¹¹⁹.

En este mismo grupo de retornados se encontraba Manuel Unzurrunzaga, experimentado misionero de la región valdiviana. La actividad político-pastoral que desplegó en la isla de Chiloé entre 1820 y su capitulación llevó al gobierno a incluirlo en la lista de perseguidos, por lo que tuvo que pasar a la clandestinidad ayudado por familias de la zona¹²⁰. No obstante, el proceso de reconversión política que sufrió fue a tal nivel que a la muerte de Rocamora asumió como viceprefecto. Poco después, a la muerte del titular fray Pablo Serrano, llegaría a ser el primer prefecto apostólico que hubo en Chile republicano, aunque por la inestabilidad de la coyuntura su nombramiento papal recién se efectuó en 1837¹²¹.

Con respecto a los misioneros que se habían refugiado en el último bastión monarquista de Chiloé, el triunfo de Freire también conllevó su traslado y confinamiento en Santiago. Entre estos figuraban fray Zenón Badía y fray Andrés Carrasco. Este último, natural de Chillán, fue nombrado maestro de novicios en el convento de la capital, pero su experiencia distó mucho de ser un avatar beneficioso. Carrasco recibía constantes ataques no solo de sus propios alumnos, sino que incluso "*de los que debían sostener y proteger sus santos designios en obsequio de la religión y honor del santo hábito*". Insultos, sarcasmos y el apodo de "*godo chillanejo*" pasaron a formar parte de su vida cotidiana¹²².

Badía, en cambio, logró incorporarse rápida y cómodamente a la Provincia. Tan rápido fue su avatar que "*en seguida, al Capítulo inmediato, al golpe, sin más actos y traslados*", fue nombrado en los altos cargos de definidor y guardián del convento de Concepción. Al siguiente capítulo le nombraron guardián de otro convento, más cerca de Santiago. Trabó una estrecha amistad con Ramón Cisternas, rico e influyente clérigo de la capital, que llegó a ser elegido en tres oportunidades como diputado al Congreso Nacional¹²³. Incluso, Badía sería comisionado luego por el gobierno para viajar a Italia a "colectar" misioneros para traerlos a Chile.

Los casos y formas de metamorfosis adaptativa son numerosos y variados. Sin duda, no deja de sorprender que aquellos misioneros que pocos años atrás denunciaran la impiedad de los patriotas, el caos que traería la Independencia y la clara intervención del Demonio en el comportamiento de sus actores políticos, decidieran, una vez normalizada su libertad de acción, quedarse e integrarse a un país gobernado por esos mismos actores e inspirado por aquellas "satánicas" ideas.

¹¹⁹ Carta del gobernador de Valdivia al viceprefecto de misiones, 30 de abril de 1826, cit. en *Ibid.*, 522; Arriagada, *Los franciscanos...*, 21. José Martín Gil, que se había incorporado al Colegio de Chillán en 1802, practicó su actividad misional casi sin interrupciones y falleció en el mismo lugar en 1840. Algo similar ocurrió con Guridi, quien desde su llegada, en 1804 y durante los años del conflicto armado, mantuvo su misión en la región de Valdivia. En esta ciudad falleció en 1832. Martín Fernández, que se había mantenido en su misión de Valdivia, emigró a Chiloé con los restos del ejército monarquista en 1820. Su reinsertión no solo lo llevó a retornar a su misión, sino que incluso llegaría a ejercer como superior del Colegio de Propaganda hacia 1842: Lagos, *passim*, 577.

¹²⁰ Lagos, *Historia de las misiones...*, 521.

¹²¹ *Ibid.*, 525 y 585.

¹²² González, "Algunos sucesos...", 124; Lagos, *Historia de las misiones...*, 574.

¹²³ *Ibidem*.

Personalidades como fray Juan Almirall, por ejemplo, quien, recordemos, había sido asesor y secretario privado del sucesor interino de Pareja, llegando a participar activamente en la planificación y dirección de la defensa militar de Chillán durante el asedio de 1813, llegan a ser conceptuadas por el propio O'Higgins. Y ello, en el mismo documento donde afirma que "*por desgracia, son los religiosos los que más poderosamente han influido en contra de la causa de la América*". El director supremo, al ordenar, luego de concretar el control del sur, que todos los religiosos que allí se encontrasen debían ser aprehendidos y enviados "*en el primer buque que salga para Valparaíso*", excluía explícitamente a Almirall... "*por su talento y sentimientos liberales*"¹²⁴.

Permítasenos extendernos en un último caso que nos parece singularmente paradigmático y sobre el cual, además, poseemos abundante información autobiográfica. Nos referimos a fray Domingo González, quien había sido guardián del Colegio de Chillán entre 1811 y 1815, es decir, durante la coyuntura más crítica y, luego, más exitista, de la restauración monarquista. Recordemos que González no solo ayudó en todo lo que fuese menester al ejército del rey, aun después del triunfo de Rancagua, sino que participó personalmente en sus éxitos, como consejero de Pareja y luego de Sánchez. Fue uno de los principales sostenes espirituales de la tropa durante el sitio de Chillán de 1813 y más tarde criticó duramente a Gaínza por firmar el acuerdo de Lircay que los obligaba a abandonar el territorio. Incluso llegó a escribir al virrey para que lo reemplazase y enviase nuevas fuerzas para sofocar la insurgencia, cosa que efectivamente sucedió. Su apasionada defensa del régimen monárquico lo llevó a autoproclamarse "*atlante de esta gloriosa empresa*"¹²⁵. González, en su cargo de guardián, facilitó el convento como cuartel general de las fuerzas realistas, además de alimentarlas y fortalecerlas psicológicamente durante toda su estadía.

Luego de saberse en Concepción la derrota definitiva de Maipú, en noviembre de 1818, el general monarquista Francisco Sánchez, a cargo de dichas fuerzas, ordenó a toda la población retirarse hacia la otra banda del Biobío, con lo cual comenzó para González un largo peregrinaje. A las pocas semanas los realistas sufrían una gran derrota en Nacimiento, lo que obligó a sacerdotes y pobladores migrantes a una vertiginosa huida hacia la inhóspita cordillera, amenazados por bandas de desertores y guerrilleros. La acogida de los pehuenches fue breve, ante la amenaza constante de las avanzadas patriotas. Luego de múltiples peripecias, decidieron dirigirse hacia la costa, a Ranquil, donde se encontraban refugiadas las monjas trinitarias. Allí estuvieron desde mediados de 1819 hasta fines de 1821. Extenuados, los fugitivos decidieron finalmente ponerse al amparo de las fuerzas patriotas que llegaron al lugar "*y con este paso ponernos a cubierto de tantas desdichas*". Pero fueron atacados por las montoneras indígeno-realistas, que ahora los veían como parte del enemigo patriota. Nuevamente, pues, tuvieron

¹²⁴ Instrucciones reservadas dadas por Bernardo O'Higgins al coronel Jorge Beauchef para concretar el control de Chiloé y Valdivia, 18 de marzo de 1822, reproducidas en Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, 858-859.

¹²⁵ González, "Algunos sucesos...", 151.

que huir, ahora siguiendo a los batallones del bando que hacía poco había sido el más oscuro de los enemigos. Además, a poco andar fueron abandonados por los soldados, que retrocedieron a fin de reencontrarse con el resto de la tropa que comandaba el general Joaquín Prieto. Finalmente lograron llegar nuevamente a Arauco y de allí pasar a la, ahora, patriota Concepción, completando aquel errante y peligroso periplo¹²⁶.

El mismo González relata cómo, al poco tiempo de entrar a esta ciudad, se le conminó a dejar los hábitos de recoleto y vestir el azul de la Provincia,

*“[...] porque era un sambenito por el que se habían dado a odiar los frailes del Colegio de Chillán. ¡A qué se llegaba el odioso título de español, y por consiguiente godo, que en aquella época era un dictado, mejor diremos apodo, de la más alta traición al sistema patriótico, y que, por lo mismo, los alumnos de aquel Colegio habían venido a ser el objeto de la abominación y execración pública”*¹²⁷.

Nuestro fraile fue entonces a rendir obediencia al entonces guardián del convento penquista, Miguel Fonseca, quien también ejercía como provisor interino, capellán mayor del ejército, cura rector de la catedral y cura párroco de Penco. Este le solicitó que lo ayudase en su próxima visita pastoral a la ciudad, administrando los sacramentos a la población. El camino hacia la metamorfosis reintegradora comenzaba con pasos decididos, pese a la silenciosa e inútil resistencia que aún abrigaba el franciscano. De hecho, González incluso participó activamente, siempre por encargo de Fonseca, en la bicelebración patriota del aniversario de la batalla de Chacabuco y de la proclamación oficial de la Virgen del Carmen como patrona de la patria. Incluso habría pronunciado un sermón al respecto. Si bien todo fue por encargo del provisor, lo cierto es que fray Domingo cumplió muy bien su cometido y, según sus propias palabras, mientras *“todos estaban en expectación de alguna godada, en especial la oficialidad, todos quedaron contentos dando mil parabienes”*¹²⁸.

El provisor Fonseca quedó tan entusiasmado, que le encomendó luego las prédicas de la Cuaresma, a lo que González accedió, según él, *“más por contemplación que por ejercer el oficio de misionero apostólico”*. No obstante, aún se pensaba que podía utilizar estas ocasiones para deslizar un mensaje antipatriota y se le seguía atacando con los términos –ahora injuriosos– de *“europeo, misionero de Chillán y, por remate de cuentas, sarraceno y godo”*. Por ello tuvo que soportar la presencia de centinelas que escuchaban su oratoria y observaban todas sus actuaciones.

“A esto se llegó que a cuanto empleo de alguna pena se ofrecía practicar, todo venía a caer sobre sus espaldas: rector de terceros, sacristán,... Todo era para el godo, para el chillanejo, como si no hubiera tenido otros oficios en la

¹²⁶ *Ibid.*, 126-131.

¹²⁷ *Ibid.*, 143.

¹²⁸ *Ibid.*, 144.

*Orden. El fin era sacarlo de sus casillas para tener algún motivo para zaherirlo o insultarlo, como sucedía no pocas veces*¹²⁹.

En 1824, a raíz del decreto de secularización de los regulares, tuvo que emprender la marcha hacia Santiago¹³⁰. No obstante, al llegar a Talca, en marzo del año siguiente, ya se había promulgado la revocación de dicha disposición con respecto a la orden franciscana, por lo que pudo encontrar asilo en el convento de la orden que allí existía. En este momento de su relato, González reflexiona sobre lo infructuoso de estas medidas gubernativas en relación con la búsqueda de un cambio de ideología política de los afectados:

*“En lo que no cabe duda es que el que era godo decidido por sistema, en hábito de un color, no dejará de serlo por la mutación de este; como tampoco el que era godo religioso pasará a ser patriota por secularizarse; el que lo es en una provincia, o pueblo, no dejará de serlo en otra. Sin la **mudanza del corazón** nada se consigue en puntos de sistema. La mudanza de este no está vinculada en la simple o violenta mudanza de nombre, de ropaje o de lugar*¹³¹.

No obstante, durante los cerca de cinco años que estuvo en Talca, participando en todas las tareas y obligaciones del convento, González fue viviendo esa “mudanza” en su propia persona. De hecho, a poco de llegar, nuestro fray Domingo escribe una carta al entonces nuevamente provincial, José Javier Guzmán –el mismo que había estado recluso en Chillán entre 1814 y 1815– confesándole que “*ha sido tan extraordinaria la consternación que me ha causado la salida de la provincia de Concepción, que casi me ha tenido a punto de perder el juicio*”. Su actitud ahora era de plena humildad; sus palabras estaban desprovistas de la agresividad política, de la descalificación moral y de la actitud belicista que habían caracterizado los despliegues discursivos y materiales de otrora. González ni siquiera hace referencia a la situación carcelaria vivida por Guzmán y otros franciscanos patriotas en el Colegio de Propaganda y donde él mismo hubo de tener un rol protagónico, considerando su peso en dicho establecimiento. El ex guardián se concentra en comunicar la desazón por la ruina y abandono de su Colegio, “*que es lo que ha tenido, tiene y tendrá mi corazón traspasado de pena y dolor*”¹³².

La Provincia no reaccionó con venganza ni resentimiento. Antes bien, decidió aprovechar la experiencia y conocimientos de González para ponerlos a su servicio en la formación de novicios en Talca, tarea que realizó entre 1827 y 1829. Ni él ni

¹²⁹ *Ibid.*, 145.

¹³⁰ Esta disposición establecía la secularización, clausura o reubicación del clero regular cuyos conventos contaran con menos de ocho individuos. Es decir, los religiosos que no quisieran secularizarse, debían someterse a los conventos principales de la capital. El texto del decreto de 6 de septiembre de 1824, firmado por Ramón Freire, se encuentra reproducido en Lagos, *Historia de las misiones...*, 518-519.

¹³¹ González, “Algunos sucesos...”, 148 (el destacado es nuestro).

¹³² Carta de 20 de abril de 1825, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 509.

los otros misioneros de Propaganda que se habían quedado en el territorio independiente de Chile tenían otra alternativa que ser considerados administrativamente como religiosos de la Provincia, toda vez que las propias autoridades del Estado les mantenían una prohibición estricta de ejercer sus ministerios sacerdotales y educacionales sobre los laicos, bajo el estigma de antipatriotas.

La Provincia usufructuó de toda esta situación, permitiendo que los misioneros, como González, sirviesen las labores educativas de los futuros franciscanos. Así, fray Andrés Carrasco, como hemos señalado con anterioridad, fue por largos años maestro de novicios en Santiago, fray Antonio Rolán maestro de ceremonias y fray José Barrutia profesor de gramática.

De hecho, la incorporación de numerosos misioneros a la Provincia franciscana de Chile fue muchas veces una decisión permanente, inscrita dentro de las estrategias de adaptación de los ex realistas a la nueva realidad de la Iglesia republicana. Ya hemos visto numerosos ejemplos de ello, entre los cuales conviene destacar a figuras de anclado y probado monarquismo, como Antonio Banciella y Francisco Xavier de Alday, que terminaron dejando sus hábitos y adoptando los de la Provincia. Otros, como Baltazar Simó, siguieron sendas más tortuosas¹³³. El avatar de Simó incluyó un primer paso a la jurisdicción provincial, luego su secularización, “y después dejó la sotana y volvió a tomar el hábito azul” de la Provincia, falleciendo en Concepción en 1850¹³⁴. El propio prefecto de misiones, Pablo Serrano, que lo vimos recluido en el convento de Santiago luego de su retorno forzado de 1821, terminó sus días residiendo en ese mismo establecimiento, en 1836.

Volviendo a fray Domingo González, vemos que su “mudanza” ideológica o, al menos, de actitud, fue tan notoria, que en 1830, y a solicitud de algunos vecinos de Chillán que contaban con el apoyo del intendente de Concepción y del Congreso Nacional, el entonces provincial le solicitaba nada menos que retornar a Chillán, nombrándolo presidente interino para hacerse cargo de restablecer su anhelado convento. Nuestro fraile no dudó mucho en aceptar, aunque poniendo sus condiciones: uso del hábito gris —de los misioneros de Propaganda—, evacuación de las tropas que ocupaban parte del Colegio y que los prelados y el gobierno ayudasen en la restauración de dicha comunidad¹³⁵. Si bien estas exigencias apuntaban, lógicamente, a recrear condiciones mínimas para el restablecimiento de la comunidad, lo cierto es que la última de ellas consideraba aceptar en toda su magnitud la legitimidad del nuevo sistema político del país —claudicando definitivamente de su posición de *godo* empedernido— y la legitimidad, también, de la injerencia de la Provincia en dicha restauración.

¹³³ Entre 1818 y 1822 Simó había acompañado como capellán a las monjas trinitarias de Concepción durante su periplo migratorio de huida y regreso a dicha ciudad, escapando aterrorizadas por los rumores, difundidos por los mismos sacerdotes, acerca de los sacrilegios, atrocidades, libertinaje e irreligiosidad de los patriotas. Véase, al respecto, la relación escrita por sor Juana María de San José, “Emigración de las monjas trinitarias de Concepción desde el 24 de septiembre de 1818 hasta el 22 de diciembre de 1822”, *Revista chilena de historia y geografía*, Santiago, 13, 1914.

¹³⁴ González, “Algunos sucesos...”, 132; Lagos, *Historia de las misiones...*, 584.

¹³⁵ González, “Algunos sucesos...”, 148.

EL “NUEVO” COLEGIO DE PROPAGANDA FIDE... AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA

La necesidad de restablecer la paz y el orden en la zona sur, trastornada con la llamada “guerra a muerte”, y de regenerar el tejido de fidelidades políticas de los indígenas en torno al nuevo sistema republicano, llevó a las autoridades a replantear el trato con la Araucanía en el marco tradicional y relativamente exitoso de los parlamentos y las misiones eclesíásticas¹³⁶.

El propio O’Higgins se preocupó también por la restauración de su antiguo Colegio de niñez. En febrero de 1819 había dispuesto su restablecimiento, solicitando al provincial que le informara los medios más adecuados para lograr este objetivo. Más aún, Jaime Eyzaguirre reproduce el texto de lo que aparentemente habría sido el discurso pronunciado por el gobernante en la ceremonia de reapertura del Colegio franciscano:

“Después de una ausencia de muchos años les dirijo la palabra en el lugar de mi nacimiento. El evocar mi juventud encierra para mí un encanto difícil de describir [...].

“Estas murallas encerraban en su tiempo una hermandad de hombres piadosos, que se dedicaron en plácido aislamiento a una vida de meditación religiosa y literaria. Mi idea es resucitar dentro de este venerable recinto la misma piedad y sabiduría, dándole un campo de acción más vasto. Es mi deseo establecer aquí un cuerpo de hombres dedicados al culto de Dios, de Chile y de la humanidad”¹³⁷.

Son palabras nostálgicas que, sin duda, aparecen demasiado conciliadoras si las comparamos con aquellos textos en que dicho militar se refería a los mismos frailes y a otros religiosos antipatriotas del sur chileno, y que hemos visto en párrafos anteriores. En la última frase, en todo caso, aparece enunciado el objetivo político que la autoridad ya asignaba a esta acción misionera, y que no era otro que la reorientación republicana del enfoque monarquista tradicional.

No obstante esta voluntad política, lo cierto es que muy poco se avanzó en dicho objetivo. En mayo de ese mismo año el gobierno oficiaba al intendente de Concepción, encargándole se preocupase de facilitar los medios disponibles para restaurar el convento y Colegio franciscanos de Chillán, cuyo estado calamitoso se le había informado a través de una carta de su prelado¹³⁸.

Pero la reactivación provino más bien de la propia actividad misional. En efecto, como vimos más atrás, fue en 1826, al poco tiempo de concretarse la caída de Chiloé, que el gobernador patriota de Valdivia escribía a Santiago instando a preocuparse por la reapertura de las misiones de la zona, dado el abandono espiritual en que se encontraban los indígenas.

¹³⁶ Pinto, *El Estado y la nación...*, 80.

¹³⁷ Cit. en Eyzaguirre, “La actitud religiosa...”, 33.

¹³⁸ Oficio de 19 de mayo de 1819, A.O., XII, 221-222.

Las desconfianzas y sospechas políticas, sin embargo, estaban aún candentes respecto a los frailes de Propaganda, por lo que la autoridad no necesariamente pensaba en ellos para hacerse cargo de la tarea. Así, al transcribirle el oficio anterior al viceprefecto Rocamora, el gobernador valdiviano ponía el acento en que este retorno progresivo a la normalidad religiosa y un eventual cambio de actitud de las autoridades republicanas que pudiese beneficiar a la atomizada comunidad franciscana de Propaganda requería, como condición previa, un cambio radical y explícito en su posición política:

*“Me veo en el preciso caso de anunciar a V. P. que los expresados religiosos están muy mal opinados ante el supremo gobierno sobre la causa de la independencia según estoy comunicado, y es muy conveniente que V. P. los induzca a que después del cumplimiento de las obligaciones de su ministerio, traten de corresponder a la confianza del gobierno con respecto a la causa de América; lo que después de desvanecer aquel concepto les labrará un mérito muy recomendable. Yo estoy penetrado de que el carácter de los referidos religiosos es digno de la mayor aceptación; pero la mayor responsabilidad de mi cargo me llama a hacer esta insinuación [...]”*¹³⁹.

La autoridad necesitaba gestos y estos se fueron dando en los años sucesivos, tanto por parte de la Provincia, que acogió y olvidó las rencillas anteriores, como de los propios misioneros de Propaganda.

Entre el exilio y la aceptación del nuevo sistema, la incorporación se hacía inevitable para los franciscanos monarquistas. En términos jurisdiccionales, la situación, como hemos dicho, conllevaba una supremacía de la Provincia por sobre la anterior dependencia peninsular de los misioneros y ello, unido a la situación desvalida en que se encontraban luego de años de privaciones y limitaciones, los llevó a entablar relaciones comunitarias con dicha Provincia. Los franciscanos que formaban esta, por su parte, fueron superando los resentimientos propios del alto grado de tensión maniqueísta y de compromiso político que significó la guerra por la Independencia. De hecho, en 1827, el viceprefecto Rocamora, enfermo, viajaba a Santiago a medicarse, siendo hospedado en el convento de la capital. Allí fue acogido *“con la satisfacción de que viene al seno de su madre la religión y a vivir entre sus hermanos”*¹⁴⁰.

De hecho, el siguiente paso hacia la restauración del Colegio de Chillán lo dio el propio provincial de la Orden, al nombrar a fray Domingo González como presidente interino del establecimiento. Como hemos visto, parte de las condiciones que manifestó González para aceptar apuntaban a la posibilidad de restaurar el carácter de Propaganda Fide del Colegio, separándolo de la tutela de la Provincia que tenía hasta ese momento, mediante la observancia de sus propias reglas, hábitos y autoridades

¹³⁹ Carta del gobernador de Valdivia al viceprefecto de misiones, 30 de abril de 1826, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 522.

¹⁴⁰ Carta del P. Provincial al P. Rocamora, 9 de octubre de 1827, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 22.

internas. El provincial no tuvo reparos en apoyarlo, instando a las autoridades locales y nacionales a generar las condiciones propicias para favorecer “*tan santa empresa de que pueden esperar crecidas ventajas a la religión y al Estado*”¹⁴¹.

González llegó a Chillán a comienzos de 1831, comunicando de inmediato su designación al general Joaquín Prieto, ahora intendente de Concepción. El flamante presidente aprovechó para señalarle el estado ruinoso en que había encontrado al Colegio y las necesidades para restaurarlo¹⁴². No obstante, ni la Orden ni el Estado le dieron un apoyo material sustantivo, por lo que la tarea de González se desarrolló a pasos muy lentos. Entre sus primeras preocupaciones estuvo la de reintegrar los bienes y propiedades que habían sido expropiadas en 1824 a todos los conventos de regulares y que un nuevo decreto, de 24 de septiembre de 1830, había ordenado devolver.

Conviene detenernos un instante para señalar la relación que se creó entre el ex monarquista González y el futuro presidente de la República Joaquín Prieto, y que podemos destacarla como corolario en el proceso mutativo experimentado por el sacerdote. Fue en Talca donde fray Domingo había conocido al ahora intendente penquista. Durante la conversación sostenida en vísperas de la batalla de Lircay, Prieto habría prometido a González que si lograba triunfar restauraría el Colegio, por lo que ahora este lo conminaba a cumplir con su palabra. El intendente respondió a los requerimientos ordenando despejar el establecimiento de las tropas allí alojadas y restituir todos los objetos que habían pertenecido al establecimiento. Asimismo, Prieto se autodeclaró “*protector de su convento y que tendrá sumo placer en contribuir en cuanto sea asequible a su completo restablecimiento*”¹⁴³.

En septiembre del mismo año en que escribía esta carta, Prieto asumía la Presidencia de la República y a los pocos meses firmaba un decreto en que estipulaba la importancia de incorporar a los indígenas “bárbaros” del sur al Estado nacional, siendo para ello importante la presencia y acción de los frailes para atraerlos a vivir en forma “civilizada” y concretar su integración a la República. Por ello se hacía necesario tener un Colegio “*en que se eduquen jóvenes que atraerán a estos mismos indios para que cultivando su razón y prosiguiendo los principios de la sana moral puedan transmitirlo a sus familias y compañeros y lograr así su civilización*”¹⁴⁴.

El método propuesto, como vemos, era similar al que habían utilizado los misioneros franciscanos a través del Colegio de Naturales –o de hijos de caciques– de Chillán. En este sentido, el decreto apuntaba efectivamente a refundar el antiguo establecimiento, pero no según la norma de la Propaganda Fide, sino sujeto a la jurisdicción del provincial de la Orden, quien debía realizar la elección del presidente del convento. En esta misma línea, si bien la disposición gubernativa retomaba

¹⁴¹ Carta de 16 de diciembre de 1830, cit. en Lagos, *Historia de las misiones...*, 527. Véase también el oficio enviado por González al Cabildo de Chillán, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 24.

¹⁴² González, “Algunos sucesos...”, 149. Sobre su recepción oficial como prelado del convento por parte del gobernador de Chillán, véase el oficio de 12 de enero de 1831, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 24.

¹⁴³ Carta de Prieto a González, 21 de enero de 1831, cit. en Arriagada, *Los franciscanos...*, 25.

¹⁴⁴ Decreto supremo, 11 de enero de 1832, cit. en *Ibidem*.

ba como objetivo central de la actividad misional el “*mandar misioneros entre los indios bárbaros para iniciarlos en los principios de nuestra sagrada religión y procurar su civilización*”, subrayaba explícitamente, como resabio de desconfianza, la obligación que pesaba sobre lo religiosos de no transgredir la constitución política de la República¹⁴⁵.

Fray Domingo González escribió agradecidamente al gobernante, declarando abiertamente su emergente fidelidad republicana al especificar que “*no ha habido en mí otro interés y otro objeto que la mayor gloria de Dios [...] la **felicidad y prosperidad del Estado** en todos los ramos que abraza*”¹⁴⁶.

Por la misma época, el prefecto Serrano, ya convencido de las bondades del nuevo sistema de gobierno, señalaba en carta a fray Manuel Unzurrunzaga la enorme ayuda que las misiones podrían prestar a los objetivos del Estado, pues “*los padres de Chillán no son útiles, sino necesarios, que con ellos tiene el gobierno unos **centinelas avanzados y fieles***”¹⁴⁷.

Tanto González como Serrano, si bien se mostraban reconocidos por el restablecimiento del Colegio, mantenían su empeño en que este volviese a ser de Propaganda Fide. Y sabían que solo podrían lograrlo en la medida en que mostraran que ello no constituiría amenaza al sistema republicano –disolviendo el fantasma del reducto promonarquista– y que la dependencia administrativa del establecimiento podría ligarse al Estado de Chile, adscribiéndose a la tendencia de continuidad republicana del Patronato colonial. De hecho, González, el más enérgico impulsor de esta iniciativa, proponía que una vez restituido el Colegio a las reglas y disposiciones de Propaganda, sería el gobierno de Chile, a través de los ministerios y órganos de administración pública, el que regularía todo lo contingente al establecimiento¹⁴⁸.

A mediados de 1832 fray Domingo conseguía finalmente el decreto supremo por medio del cual se autorizaba el restablecimiento del Colegio en calidad de Propaganda Fide. El documento invocaba las bulas y cédulas respectivas, aunque haciendo hincapié en que el Estado chileno se reservaba el derecho de patronato independiente de España. Allí también se autorizaba que los religiosos de la comunidad que estuviesen en territorio chileno pudiesen –y debiesen– volver al convento de Chillán. La alegría del prefecto Serrano terminó por borrar todo atisbo de su ahora añejo antirrepublicanismo, manifestando por escrito lo agradecido que estaba de “*este superior gobierno*” por haber tomado la decisión, “*por ser útiles y necesarios –dichos religiosos– así a los españoles de aquel obispado de Concepción como para restablecer las misiones entre los indios, atrayéndoles al pie como se manejaba en los tiempos del rey*”. Como vemos en la última frase, el prefecto incluso se permitió valorar la relación de continuidad que él veía entre ambos sistemas, hasta hace pocos años antagónicos¹⁴⁹.

¹⁴⁵ *Ibidem*.

¹⁴⁶ Ver oficio de 13 de enero de 1832 y carta de 1 de marzo 1832, cit. en *Ibid.*, 27 (el destacado es nuestro).

¹⁴⁷ Carta de 23 de febrero de 1832, cit. en *Ibidem* (el destacado es nuestro).

¹⁴⁸ *Ibidem*.

¹⁴⁹ Carta del prefecto Serrano a las monjas de la Santísima Trinidad, Santiago, 6 de marzo de 1833, cit. en *Ibid.*, 29; González, “Algunos sucesos...”, 150-151.

El agradecimiento de la comunidad del Colegio y su adhesión al sistema político tuvo su corolario simbólico en el gesto definitivo de proclamar al presidente Prieto –uno de esos “agentes de Satanás” denunciados por los frailes durante la coyuntura independentista– como patrono del Colegio, el 15 de junio de 1833¹⁵⁰.

Pronto comienzan a retornar los antiguos misioneros que se encontraban dispersos; entre ellos, José María Sepúlveda y José Navásquez. Este último, que en 1821 lo vimos confinado al convento de Santiago a su regreso forzado del Perú, regresará a Chillán en 1834, cuando ya se estaba asentando la reapertura del Colegio. Sepúlveda, por su parte, había optado por secularizarse a raíz del decreto de 1824, desempeñándose desde entonces como profesor de latinidad en el republicanísimo Instituto Nacional de Concepción. Pero tan pronto supo “*que por orden del Supremo Gobierno*” el Colegio había sido restituido a su antigua regla de Propaganda Fide, “*se despojó de los hábitos clericales y se vistió de los religiosos*”, llegando a ser guardián en 1843¹⁵¹.

El gobierno chileno, que veía en las misiones religiosas al sur del Biobío una gran posibilidad “regalista” para extender la acción estatal sobre las poblaciones que allí habitaban, de la mano con la cristianización y la educación occidental¹⁵², fue acrisolando la funcionalidad tradicional del Colegio con dichos objetivos. De ahí que a mediados de 1835 el intendente de Valdivia se hacía eco de un decreto del Ministerio del Interior que ordenaba establecer en cada una de las misiones de la región una escuela de primeras letras “*para la educación de los indios o de los hijos de los españoles que quisieran concurrir a ellas*”¹⁵³. Estas escuelas estarían bajo la supervisión directa de los misioneros seráficos. El ya viceprefecto Unzurrunzaga se plegará de inmediato al proyecto, solicitando a todos los religiosos que apoyaran la iniciativa, “*para lo que será muy conveniente usen con ellos [–los indígenas–] todos los medios suaves de persuasión para atraerlos a esta importante obra*”¹⁵⁴.

Los religiosos incluso retomaron su antiguo papel de interlocutores válidos del Estado –ahora republicano– ante los indígenas, pues el gobierno, en espera del nombramiento de los funcionarios respectivos, les asignó la tarea de servir de protectores en causas judiciales donde aquellos se vieran involucrados¹⁵⁵. Sus servicios a la República se extenderán incluso a nivel estratégico-militar, pues el intendente de Valdivia no trepidará en oficiar al viceprefecto Unzurrunzaga para que sus misioneros estén atentos ante cualquier actitud hostil yalzada que pudieran observar entre los indígenas. Unzurrunzaga, al transmitir esta inquietud a los religiosos, los conminará a que “*indaguen y observen con sagacidad y cautela la conducta y movimiento de los indios de sus respectivas misiones o dándoles parte oportunamente y con la mayor precisión de cualquier ocurrencia que pueda dar motivo de sospechas*”¹⁵⁶.

¹⁵⁰ Arriagada, *Los franciscanos...*, 29.

¹⁵¹ Lagos, *Historia de las misiones...*, 581; González, “Algunos sucesos...”, 121 y 133.

¹⁵² Cf. Horacio Aránguiz, Julio Retamal y Javier González, “El gobierno chileno y el concepto misionero del Estado (1832-1861)”, *Historia*, Santiago, P. Universidad Católica de Chile, 5, 1966.

¹⁵³ Oficio de 7 de julio de 1835, cit. en Fernando Arriagada, *Reorganización de las misiones franciscanas en Araucanía y Chiloé*, Santiago, Publicaciones del Archivo Franciscano, 1993, 6.

¹⁵⁴ Circular a los misioneros, 29 de marzo de 1835, cit. en *Ibid.*, 7.

¹⁵⁵ *Ibid.*, 11.

¹⁵⁶ Circular del viceprefecto a los misioneros, 8 de agosto de 1835, cit. en *Ibidem*.

Con respecto a Chiloé, último reducto del monarquismo y antigua dependencia del Perú, el gobierno republicano se mostró especialmente sensible a la necesidad de generar allí un polo de persuasión religioso-política que sirviera para construir lazos de identidad y de fidelidad con el sistema imperante en el continente. Ya a mediados de 1835, el ministro Diego Portales escribía al provincial de la Orden en Santiago para manifestarle la necesidad urgente que existía, a juicio del gobierno, de procurar misioneros que fuesen a trabajar a la isla, debido a *“los gravísimos males que se están siguiendo a la religión y al Estado”*. El gobierno manifestaba su deseo de que cada una de las comunidades de regulares establecidas en el país proporcionasen individuos a este fin, *“dotados de virtud, instrucción y patriotismo”*¹⁵⁷, los que quedarían bajo la dirección del viceprefecto de misiones de la Congregación de Propaganda.

Ese mismo año, como hemos visto más arriba, partía a Europa una comisión encabezada por el antiguo fraile monarquista Zenón Badía, con el objetivo de traer misioneros para ocuparse prioritariamente de dicha zona. Entre los puntos del plan presentado y aprobado por el gobierno en 1835, se indicaba:

*“Si el número de sacerdotes fuere mayor a doce, serán destinados al Colegio de Chillán, y costeados desde entonces por el gobierno, para las misiones de los indios infieles; o serán destinados a otros puntos donde lo exija el bien espiritual de los fieles; o al Colegio de Chillán, para que vayan a los indios por cuenta del Estado”*¹⁵⁸.

Dos años más tarde llegaba una treintena de franciscanos españoles e italianos, y el flamante ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Mariano Egaña, se apresuraba a oficiar al entonces guardián de Chillán, nuestro conocido fray Domingo González, para que acelerase el traslado de los inmigrantes a sus destinos en la isla grande¹⁵⁹. Se cerraba así el ciclo de avatares individuales e institucionales que llevó al “renacimiento” de la comunidad franciscana del sur, adaptando a las nuevas orientaciones estatales sus tareas y objetivos tradicionales.

Fecha de recepción: octubre de 2004.

Fecha de publicación: junio de 2005.

¹⁵⁷ Portales informaba al provincial que ya se habían escogido los dos franciscanos que debían encabezar el aporte de su comunidad –Antonio Gallardo y Pedro Castro– y se despedía confiado *“del celo evangélico y patriótico”* del prelado y de su Provincia, *“que el gobierno sabrá apreciar como merece”*: carta de 23 de noviembre de 1835, Archivo de la Provincia Franciscana, “Asuntos varios”, vol. 8, ff. 154.

¹⁵⁸ González, “Algunos sucesos...”, 139-140.

¹⁵⁹ Arriagada, *Reorganización...*, 16-17. Esta actitud “misionera” del Estado se vería reforzada en 1849, al contratar capuchinos, también italianos, para las misiones que se ubicaban al sur del río Cautín: Sergio Uribe Gutiérrez, “Las misiones capuchinas de Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX (1848-1901)”, en Jorge Pinto (et al.), *Misioneros en la Araucanía...*, op. cit. Véase también el trabajo de Sol Serrano, “De escuelas indígenas sin pueblos a pueblos sin escuelas indígenas: la educación en la Araucanía en el siglo XIX”, *Historia*, Santiago, P. Universidad Católica de Chile, 29, 1995-1996.